

Con la fe erosionada

Acostumbrados a recibir desde el centro las noticias y el material didáctico, hoy nos complace saber que es posible enviar desde Chiapas una verdad que transita los caminos del mundo ante la ceguera e insensibilidad de las conciencias que permiten atrocidades como las que relata Margarita Aguilar Ruiz ***Con la fe erosionada***, entre lo real y lo ficticio. Con bondadosa suavidad aborda lo que algunos sólo en murmullo comentamos y por lo que nos santiguamos confiando que con eso estaremos libres de caer en desgracia.

Con la fe erosionada vamos de la mano de Azucena y Lucía. Azucena en su búsqueda, Lucía al encuentro. La Fe se inquieta, se detiene, se libera; porque la fe es intimidad pura. La fe, como el amor, no vive ni muere en tumulto, y por lo tanto, no está condicionada a las circunstancias y conveniencias de quienes administran las instituciones religiosas. El “padre” Botija, por su parte, nos enseña cómo el ser humano es corruptible aún tratándose de individuos cuya formación ha sido modelo de pulcritud y disciplina en una sociedad moralista de la que es producto; en Chiapas y en el mundo.

La cultura del dogma va cediendo paso a la crítica, al cuestionamiento y a la opinión; el lector seguramente analizará el contenido de esta novela, preguntará por que el obispo, la directora del albergue, el médico... y después dará su veredicto.

Con la fe erosionada nos invita a participar desde nuestra trinchera en la búsqueda de la justicia y en la conquista plena del respeto a las mujeres de todas las edades, de todas las etnias, de todas las culturas; no por ser madres, esposas o hermanas, si no por ser ellas.

Por otra parte, E. Z. Producciones se enorgullece en presentar ***Con la fe erosionada*** de Margarita Aguilar Ruiz en el intento de que los chiapanecos

seamos emisores y de procurarnos juntos los medios para la difusión de la cultura.

El Editor

Con la fe erosionada

Novela

Margarita Aguilar Ruiz

Diseño de portada: Jorge Ruiz F.

Editor: Ernesto J. Zúñiga

3era. Edición

Impreso y hecho en México

Printed and made in México.

Derechos reservados

Prohibida su reproducción

Mi agradecimiento para

Las mujeres, hombres, niñas y niños que viven con VIH/SIDA que me han abierto su corazón y regalado verdaderas lecciones de fe.

Mis amigas y amigos de las asociaciones civiles comprometidas en la prevención y el control del VIH/SIDA y en la búsqueda de un verdadero ejercicio social de los derechos sexuales y reproductivos:

Casa abierta para la lucha contra el SIDA Chiapas

(Juan Manuel Doderó, Juan M. Rubio, Arturo Vázquez, Arturo G, Jorge R, Adán y todos los integrantes de esta maravillosa asociación que han sido unos verdaderos hermanos para mí... muchas gracias)

Abrazando a Tonalá

(Amalia y Jesús que con su amor nos están dando una inolvidable lección)

MEXFAM

(Gustavo García, Rosi Alvarado, Esther y Alejandro por su incondicional amistad)

Fundación Mexicana para la lucha contra el SIDA

(Javier Martínez y a todos quienes día a día entregan ahí sus esfuerzos)

INFROSUR

Chiltak

CISC

Una mano amiga Tapachula

Colectivo Sol

Proyecto Políticas.

Dedicada a

Patricia Uribe Zúñiga

**una mujer con un entrañable compromiso
en esta lucha**

Ángel René Estrada

**Porque en algún momento de mi vida
inspiraron mi vocación por la lucha contra
el VIH/SIDA.**

MI NOMBRE:

Es Lucía, sí Lucía Santis. Tengo horas de estar aquí esperando, bueno siempre espero, pero ya me cansé. Esto pesa más que los tercios de leña que todos los días llevaba a San Felipe. No me gusta hablar mucho de mí pero ahora me salen los ecos como las lágrimas, así de facilito. Qué bueno que ya llegaron sus ojos y su conciencia, puedo verlos, desde aquí, sí desde cada página en la que quiero ocultarme y salir. No es nada gracioso estar así: estar y luego no. Pero bueno, la hermana Azucena ,e dijo una vez que así es la vida, a veces uno la vive y otras uno se deja llevar. Gracias por abrir este libro, así circula un poco de aire fresco como aquel, que un día respiraba sin prisa. Ahora si la tengo por irme, sí, a un paraje cerca de aquí y lejos de San Felipe, pero antes necesito que lleguen todos; tú y ellos con sus ojos y sus conciencias ...

I

Hay encuentros a deshoras que se buscan siempre.

San Juan de los Lagos, mi tierra natal, ahí me dio un vuelco el corazón a temprana edad. Santidad a gritos pedía mi alma desde los doce años y no hubo sino conatos de alegría cuando anuncié mi decisión de ser religiosa. No era una novedad en San Juan de los Lagos, cuna de tantos religiosos y religiosas. Lugar idóneo para las visitas papales y semillero de obispos. Si embargo mi padre, al comunicarle yo mi vocación, con su voz y ademanes de hombre sexagenario, prudente me pidió que intentara una carrera universitaria ante el enojo contenido de mi madre que había deseado ser religiosa hacía un buen número de años y claudicado en su anhelo ante el amor explosivo carnal de una tarde de verano que la hizo desistir con un embarazo. En mí veía su tardía pero al fin y al cabo realización.

Era uno de esos cálidos días tapatíos y la Madre Superiora de mi orden me había citado. Tres meses habían pasado desde el día de mi ordenación y aún flotaba en el rito del desposorio con Dios. Sinceramente me sentía intrépida y mi anillo nupcial era fuente de orgullo.

Veía tantas posibilidades de entrega que en ese justo instante podía sentirme como la mujer más afortunada y feliz del mundo. Aquí mi energía podría desbordarse sin recelo a las traiciones de ninguna índole pues Dios nunca traiciona, qué sabiduría la mía al optar por este camino de congruencias; definitivamente tendría que esforzarme mucho para estar al nivel de tan alta encomienda: el ser una religiosa. Me sentía viva, emancipada, con bríos para emular a la propia Teresa de Calcuta.

Atrás había quedado ese intento de ser médica, el tiempo en la Universidad ayudó a convencerme de que quería ser una sanadora de almas, las clases de anatomía e histología jamás me llenaron el espíritu. Mi búsqueda intelectual y espiritual tenía un camino seguro, profundizar en los estudios teológicos me emocionaba.

Recuerdo vivamente el día de mi ordenación, estaba desnuda frente al espejo, creo que el ver mi cuerpo así y saberlo virgen me causaba gran placer. Acaricié mi vientre, sabía que jamás se abultaría en la consigna de la maternidad y cada mes vería ese sangrado hasta que la anunciación biológica de una imposibilidad me llegara con sus bochornos.

Llegué a la cita pulcra y digna, que no había nada que empañara mi ser, era una soldada – esposa de Cristo, el solo saberlo me llenaba de seguridad. Maternalmente me acogió la madre Cristina, con gran habilidad preparó sendas tazas de té y las hizo acompañar por frágiles galletas cubiertas de glaseado.

- Hermana Azucena, hemos observado con mucho agrado su disciplina y discreción en estos meses a su ordenamiento y quiero manifestarle el reconocimiento de nuestro arzobispo – dijo ceremoniosamente una religiosa de piel nívea y ojos tan saltones como miope podía ser.
- Gracias Madre, usted me conoce desde que asistí al colegio aquí en San Juan y creo que mucho de lo que es ahora mi deseo de servicio me lo inculcó a través de esas lecciones sobre la vida de Teresa de Jesús y las

heroínas de la Biblia como Ruth, Esther, etc. Y por supuesto la propia Conchita Cabrera de Armida.

- No tiene porqué dar gracias, somos humildes instrumentos de Dios y bueno, confió que usted también sepa ser una gran fuente de inspiración para futuras generaciones; pero dígame ¿Cómo están sus padres? – preguntó acomodándose en el sofá de bordados beige que combinaban estoicamente con la alfombra y cortinas de su habitación.
- Bien, gracias. Bastante inquietos, por una parte porque saben que es posible que se me comisione a algún lugar distante y temen dejar de verme muy pronto.
- Sonreí y pensé que también era mi inquietud.
- Pues he de ser franca con usted – dijo frunciendo el seño y provocado que sus ojos sobresalieran aún más.
- ¿Ya tiene algún lugar para enviarme?
- Chiapas
- ¿Chiapas? – Sentí temor, no esperaba algo tan lejos y tan desconocido para mí.
- Comprendo lo que siente, yo lo viví. No se preocupe, luego se adapta uno a todo.
- ¿Cuándo tengo que presentarme? ¿A qué parte de ese estado? – Dejó la taza sonoramente.
- Va a tener un agradable trabajo en la diócesis de San Cristóbal. Sí, allí donde se han llevado a cabo tanto sucesos que han captado la atención internacional. Vamos, sé que tiene el tesón para ir a otras latitudes, eso sí no espere emociones fuertes que no las habrá, tendrá tiempo y las condiciones para seguir cultivando su espiritualidad. Tiene que partir la próxima semana y su trabajo será directo con el señor obispo de esa diócesis.
- Me siento un poco abrumada. Sí, estoy dispuesta a hacer un buen papel en nombre de Dios y de mi orden. Creo que será una labor que requerirá mucha seriedad y responsabilidad.
- Dentro de mí las emociones se encadenaban, era una admiradora del ex obispo de San Cristóbal, Samuel Ruiz y lamenté que esto no hubiese ocurrido unos años atrás cuando todavía él tenía a su cargo la diócesis.

Ya le habían sucedido dos obispos desde entonces y bueno, sin embargo podía imaginarme que lidiaría con gente que había trabajado directamente con él y eso me motivaba, mi fibra social se removía en su sarcófago.

- Si, y yo confío en usted. Vamos a dejar esta charla aquí, tendrá que realizar algunas despedidas - su abrazo cálido y firme fue el punto final e inicial, un parteaguas en mi vida.

Así empezó todo, nunca sospeché que el insomnio se amarraría a mi cuello mucho más sólidamente que este crucifijo en quien había depositado mi equilibrio emocional y que era infaliblemente resistente como para contener mis más huracanadas rebeldías.

II

Una sombra con forma de proteínas estéticas ha brotado del pantano más fabuloso, de sueños extraídos del aura en una extraña inconsciencia, un ente cocinado en la médula de una catacumba... como si cierta inmaterializable venganza o designio epopéyico hoy fuera hartamente posible.

Un poder con alas de libélula, así de transparente, casi imperceptible el cual visita con su danza tenebrosa nuestro temores más íntimos; se ríe de nuestra tibieza, de este terciopelo de humanidad que “cubre” pero en realidad desnuda hasta la más cruda vértebra, así mostrándonos sin toda esa teatralidad nos arroja sin escrúpulos ante un fatídico espejo.

El viento helado irrumpió repentinamente sobre las débiles viviendas de San Felipe, un pueblo – isla, encallado en los Altos de Chiapas, un espacio de tierra y casa que puede ser tan imaginario como real; en esta comunidad se encuentran todas y ninguna a la vez. San Felipe late en mi existencia más fuerte que este corazón que creo estar resucitando de entre muchas cenizas. Con tan sólo cerrar los ojos o abrir mi conciencia aparece

su fotografía mítica y cruda. Y puedo vivirlo, puedo revivirlo todo en sueños, los fantasmas y los desacatos.

Un grupo de niños dejó su afán de martirizar al flacucho perro apodado “Negro” que era de todos y de nadie, para sin más preámbulo dirigirse abruptamente al lugar más cálido en sus refugios de bajareque. La inspiración del juego se había coagulado, instinto infantil, como el de las aves silvestres... algo se gestaba enrareciendo el aire, era hora de ocultarse.

A unos kilómetros de ahí, una hilera de mujeres presurosas de columna encorvada por los tercios de leña se refugiaba bajo unos árboles de gruesas hojas, el viento se estaba volviendo indomable y el olor a tierra húmeda cercana avisaba lo inminente.

Lucía bajó bruscamente de su espalda el cargamento, su rostro era redondo y chapeado como una manzana en su punto, las demás mujeres hicieron lo mismo y algunas sacaron de sus bolsas tortillas doradas, sal y elotes asados, preparados desde la mañana para el singular entremés. Lucía era de una extraña belleza, desde su nacimiento había sido motivo de admiración, la partera embelesada no pudo resistir la tentación de limpiarla con un detenimiento excesivo, pese a no haber ayudado aún a su madre con la placenta. Robusta, de labios perfectamente definidos y de llanto poderoso no pudo menos que augurarle que se convertiría en lo que ahora era: Una joven cautivadora de grandes pestañas y mirada expresiva. Si bien muchos se daban cuenta de su atractivo, prácticamente nadie caía en la cuenta de su excesiva capacidad de observación y perspicacia. Su energía le permitía una trascendencia rara en su contexto, se había dado tiempo incluso para aprender a leer, cosa que no molestaba ni ayudaba en su familia porque cumplía plenamente con las tareas cotidianas.

Juana, una indígena demasiado bonachona para sus dieciséis años, se le acercó con una sonrisa:

-Así que, ¿Te vas a casar con el Felipe? – le preguntó a Lucía mientras acomodaba sus largas trenzas amarradas con chillantes listones.

Felipe no era un hombre despreciable y a muchas les hubiese gustado contar con su cortejo. Era originario de San Juan Chamula y

distribuía con sus propios camiones de carga verduras, frutas y legumbres a varias localidades y municipios.

-No lo se todavía – dijo quedamente -, mi papá quiere y él insiste mucho.

A Lucía le parecía que Felipe era bastante aburrido y no le entusiasmaba la idea de ser parte de su empresa de distribución de verduras, frutas y legumbres; aunque seguramente tendría muchas comodidades... pero finalmente presentía que no podía evadir por mucho tiempo más su destino, su papá estaba acelerando el casorio sin consultarle. Pero mientras eso ocurría podía darse tiempo para pensar y soñar.

Su memoria le trajo imágenes de un día de abril, volvió a situarse al otro lado del lago, donde había conocido accidentalmente a uno de esos hombres que suelen cubrirse el rostro con pasamontañas y que le dijo llamarse Santiago. Recordaba con precisión su voz, quizás no mucho de cómo empezaron ese diálogo casual, pero conforme transcurrieron los días sus recuerdos fueron inflamándose y aquella conversación misteriosamente volvíase más y más extensa en su mente. Ese día, el día del encuentro, ella, con esa su habitual osadía, se había apartado de sus compañeras con las cuales había ido a cortar duraznos. Siguió un rumor y después de sortear ramas y charcos descubrió a Santiago liderando a un grupo de encapuchados, dándoles órdenes directas a través de radios. La curiosidad la mantuvo agazapada un buen rato, vio partir uno a uno a todos los hombres y luego él sin ningún titubeo volteó hacia ella y para su sorpresa con gran seguridad y presteza se dirigió a los matorrales en donde ella se creía invisible y la invitó a pararse amablemente, ya la había descubierto desde hacía un buen rato. Con una desinhibición rara para su condición de indígena ella levantó la frente y se plantó con una ligera sonrisa que rayaba entre la soberbia y la coquetería.

Ella hizo sus preguntas mientras lo exploraba con esos ojos hambrientos de la vida y él quedó prendado de su arrojo. Lucía era extrañamente atractiva y eso era suficiente para cautivar a un líder como Santiago.

-Yo también anduve con dudas antes de casarme, pero... ahora digo que está bien, da miedo al principio pero se acostumbra uno. Por lo menos mi esposo no se emborracha tanto como mi papá que llegaba a golpear cada que tomaba *posh* – dijo Juana arrancando a Lucía de su emotivo viaje al pasado e intentando animarla a ese *irremediable* paso en su vida.

Iba Lucía a explicarle lo que pensaba de Felipe cuando algo le detuvo el aliento, de entre las mujeres mayores surgieron alaridos de terror, se arremolinaron violentamente jalando a las más jóvenes al centro.

-¡Los zapatistitas!

-¡Nos van a joder estos cabrones!

-Vienen a vengarse de todo el apoyo que le hemos dado al gobierno – sentenció Eloisa, una mujer viuda de tez tan curtida que era casi siempre imposible definir en ella tristeza o alegría. Su calma contrastaba fuertemente con la angustia de las demás mujeres.

El ruidoso danzar del aire con las hojas de los árboles y arbustos poco a poco se fue perdiendo ante el sonoro galopar de los caballos y corazones.

-¡No nos podemos quedar! – sentenció Cata con esa mirada de hojas otoñales que no cesan de caer.

Un silencio sepulcral inundó los labios de aquellas mujeres, era hora de correr.

-Y, ¿y la leña? – preguntó Eloisa

-¡A la chingada la leña! – otra vez Cata protegiendo a Lucía, su hija, un bien que no estaba dispuesta a compartir. Ya bastante angustia estaba pasando con su hija Sandra.

Presas del pánico corrieron rumbo a San Felipe, en la mente de cada una resurgían apocalípticas las imágenes de lo ocurrido en Acteal y en otros enfrentamientos, sangre e historias deshilachadas de las que la prensa no tenía claro conocimiento; finalmente no importaba quién se dijese que fuera el agresor lo cierto es que las víctimas eran siempre las mismas: los niños y las mujeres.

Lucía se enredó con unas raíces y cayó sobre una piedra lastimándose el tobillo. Cata le llevaba distancia y no se dio cuenta de lo que le había ocurrido a su hija. Se agazapó e instintivamente se cubrió de

tierra, hierbas y hojas. Lloraba silenciosamente. Se había perdido del grupo y el galopar se hacía más y más cercano.

-Mire mi comandante nos dejaron leña. Esto sí que es regalo de Dios – dijo una voz socarrona.

-Déjalas, no son nuestras, los dueños vendrán por ella – dijo otra voz con acento de mando -. Tenemos que apresurarnos para llegar a San Bartolomé lo más temprano posible.

Lucia se vio rodeada por esa caravana de hombres y caballos que murmuraban y resoplaban. Los intrusos pasaban a su lado. Percibía su olor a caminos agrestes, sentía su aliento intrépido y una voluntad extraña que la desconcertaba pues su padre sólo se refería a ellos con insultos, al igual que lo hacía con los testigos de Jehová y los del séptimo día. Cerraba los ojos con fuerza deseando que el momento pasara pronto.

-¡Miren que encontré! ¡Una espía! - exclamó una voz triunfal mientras con brusquedad agarraba del cabello a una Lucia cubierta de hierbas y tierra.

-¿De donde eres? – le preguntó su descubridor visiblemente divertido por la infructuosa resistencia de la joven que lanzaba alaridos y maldiciones.

-Es de San Felipe – dijo nuevamente aquella voz de mando, esa que tenía la propiedad de dar tibieza a los encarnizados ánimos -. Suéltala Sebastián yo la conozco.

El líder bajó con destreza del caballo y retiró la mano de su subalterno que sujetaba las trenzas de Lucía. Ella se agazapo en silencio sumiéndose en una quietud espectral.

No se hicieron esperar las miradas semiburlonas y los ademanes furtivos de los demás hombres pues reconocieron las intenciones de Santiago. El grupo de recién llegados entendiendo los breves ademanes de su jefe y se marcharon a todo galope dejando a Lucía con ese hombre al que sólo se atrevía a verle las botas de gruesas suelas y respirarlo como quien descubre el aroma por vez primera.

-¿Qué haces aquí? – dijo mientras se arrancaba el pasamontañas dejando al descubierto la brillantez de sus rasgos indígenas.

-¿Santiago?

-¿Te acuerdas de mí?, ¿Cuánto hace que no nos vemos? Ven vamos a otro lugar, ya va a empezar la lluvia – dijo acercándose a Lucía.

-Me duele la pierna, no puedo caminar bien. – dijo entrecerrando los ojos mientras sentía que se transformaba en nube al ser alzada en vilo por Santiago.

Su brazo fuerte le penetró la piel, otra vez.

Cómo no acordarse de él si aún guardaba un prendedor dorado que le había regalado cuando se conocieron. Cuánto habían platicado en aquella ocasión frente al lago cuando por primera vez se había sentido demasiado débil del corazón y experimentado lo que era estar enamorada. Una súbita rebeldía la había hecho atrevida y se dio la oportunidad de penetrar en los ojos inmensos de Santiago, como una noche tibia.

Quien sabe por qué acto de magia o brujería, Lucía olvido miramientos rígidos en cuanto al pudor. Fenecieron fácilmente las palabras de su madre y de otras mujeres que antes habían resonado con autoridad insoslayable bloqueando parcialmente sus sentidos. Ella abrió una puerta, y se quedó prendida del umbral a un nuevo mundo, a uno de roces plenos y cálidos... si, por la tersura de aquel hombre que la escuchaba y le descubría opciones de vida distintas. Que le hablaba de escuelas, igualdad, luchas impensables a su credo y de cómo vivían y se relacionaban los hombres y las mujeres en otros lugares que le parecían fantásticos y le inflamaban el deseo de escuchar más. Él embelesado con su *sui generis* discípula que levantaba la frente más que todas aquellas que antes había conocido, se la grabó en la mente para buscarla. Entre la santidad concentrada de esa tierra fértil y bella sus sentidos descubrieron el paraíso sin fronteras de la libertad. Supo entonces de su goce personal, de su capacidad indescifrable para la seducción. Santiago la invitó a su vida, la estrecho apasionadamente suplicándole que aceptara, que dejará todo y lo siguiera. Besó sus hombros en espera de la respuesta, y ella en un gesto de arraigo o extraña prudencia decidió que no. Un temor la sujetaba. Se despidieron indecisamente, ahí frente a ese lago memorable después de muchas pausas, que no. Un temor la sujetaba. Se volvieron a despedir indecisamente, después de muchas pausas, risitas cortadas y colores que

le turbaban las mejillas, ¡Cómo le había gemido a Lucía de tristeza el alma!, el lago quedaba atrás y el mes de abril claudicó, no sabía si lo volvería a ver.

Sin embargo abril parecía resucitado ahora, alguna plegaria había resonado y se sentía cobijada de nuevo. Ahora otra vez lo tenía cercano, lo observaba vivamente, casi sin parpadear pues ahora quería ser capaz de recordarlo con mayor claridad y quería tener el poder de identificar la voz de él aun entre mil canto de aves. Momento crucial: Decidió que no se casaría con Felipe, si en algún momento su voluntad se había sentido herida por la presión paterna ahora se sentía salva. Ya vería ella qué hacer para librarse de ese designio.

Después de cabalgar por senderos estrechos y abriendo otros tantos llegaron a una cabaña con la bienvenida de los rayos y truenos que inmediatamente fue seguida por un aguacero memorable.

Un vapor intenso cual brebaje afrodisíaco inundó el recinto, vientre de árboles: ese pequeño espacio se volvió selva y otros mitos. Un influjo mágico cayó sobre ellos, dos indígenas enlazados por su sexo joven y virtuoso.

Él hablo de sus ideales, su cuerpo puso los acentos más tímidos, ella se dibujó a sí misma en un fresco contoneo como si fuese aleteo de colibrí entre los brazos viriles. Santiago con gran paciencia y calidez fue embebiéndose del descubrimiento de Lucía, del poder y la fortaleza de su "ser mujer". Y era de pronto él quién se sonrojaba ante la belleza e intuición de Lucía.

Santiago el líder, se encontraba rendido voluntariamente a los pies de Lucía, turbado así, nadie podía reconocerlo, como el hombre recio de carácter, quien antes de colaborar con el movimiento armado se había licenciado en pedagogía con excelentes calificaciones, becado a Canadá por un convenio entre la Universidad Pedagógica. Ayudó a Lucía vendándole sus heridas corporales, lamió la piel de su rodilla se sintió ungido por su sangre suave y sazónada, ansioso se deslizó hasta sus muslos y tembló de emoción ante la beldad de esta sirena de la selva.

Se retiró levemente ante la mirada por momentos misteriosamente inmutable de Lucía, su quietud y serenidad lo sonrojaban. Se apartó

agitado y continuó la conversación detenida en algún momento, le preparó en su rústica cocina sendas tostadas con frijol.

La tarde avanzó y el fuego cobró dimensiones humanas; lentamente como el fluir de un riachuelo se fusionaron henchidos de deseo en un solo respiro, sus labios carnosos se reencontraron después de un viaje entre designios y otras vidas, se autoencontraron en un exquisito trenzar de alma y saliva. La belleza y perfección de sus cuerpos canela, plenos y rebosantes, sin los tintes anoréxicos que promueven los cánones comerciales, apocaba a la exquisitez de la misma selva. El deseo se hizo danza y Lucía dejó que aquellos sueños con seudópodos se hicieran realidad en su territorio más vivo. Permitió con un ritmo celestialmente erotizante que las manos de aquel hombre – héroe le recorrieran sus frutales senos y que sus labios encontraban la cima electrizante de sus tensos pezones.

El visitó, tembloroso y gimiendo el nombre de ella, visitó y hospedó en su cintura, se derritió como un niño gozoso entre la encrucijada de su vientre y muslos. Intercambiaron aromas de ciprés, durazno y el de sus sexos que se conjuraban mutuamente en la feliz alquimia de la pasión que surge y llena todas las posibilidades.

Ella sintió como nunca antes estremecimientos que le emancipaban las cuerdas vocales y jadeó como un canto silvestre, como el viento de la selva que abraza a mil hojas. Convulsiones de vida, besos que no pueden esperar la sensatez de las palabras. Alguien le había dicho meses atrás en un afán de congelarle su rara intrepidez que si alguna vez se encontraba a solas con un zapatista su vida quedaría maldita, no recordaba si era una sentencia de su madre, de Eloisa la partera, o de algún espíritu inserto en alguno de sus sueños. Que equivocadas palabras ... ahora se sabía bendecida milímetro a milímetro desde su carne hasta el último resquicio de sus suspiros.

III

Como llamar hoy al susurro que envuelve a la más intocable sexualidad, cómo asomar la cabeza sin ese temor que se ha tejido como parte “saludable” de mi existir social... no lo sé, y mis juramentos se destrozan a un ritmo magistral... que presiento cederé y no tendré más remedio que triturar la locura que me ata a una hipotética historia que no es la mía. No sé como llamarla, pero en mis rezos no encuentro la coherencia que me dignifique como una mujer más y ya.

Por un interminable corredor de una casa sancristobalense cubierto de cuadros sacros una religiosa pecosa acompaña a un sacerdote septuagenario que le da instrucciones precisas con ademanes cortantes y pseudo simétricos.

-Hermana Concepción, he decidido nombrarla directora del albergue femenino Santa María. Estoy sumamente preocupado porque se ha incrementado el número de jovencitas indígenas que están realizando abortos clandestinos y a las que logramos internar en el albergue prefieren dar en adopción a sus hijos y no quedarse con ellos. Y al poco regresan nuevamente. ¡No entiendo qué les pasa por la cabeza a estas mujeres! Tal parece que las adoctrináramos para cometer los mismos errores. Confío en su sensibilidad e inteligencia para tratar de solucionar esto. No está bien que se diga que el albergue Santa María es un centro de distribución de hijos no deseados.

-Asumir el mando del albergue es un gran reto padre, conozco a la actual directora, la Hermana Francisca y sinceramente creo que ella ha realizado un gran esfuerzo, - la religiosa respiró profundamente y enderezó levemente su espalda, como tomando energía.

De pronto campanas inquietantes, era el segundo repique para la misa de las ocho de la noche. Ambos ministros de Dios apresuraron el paso.

En mi opinión padre, esas mujeres prefieren perder a sus hijos dándolos en adopción, para intentar regresar a sus comunidades y tener otro esposo. Pues es más difícil que las quieran aceptar con el hijo de otro. Sin embargo coincido con usted en que hay que tratar de penetrar más con la doctrina, pues también he tenido conocimiento de jovencitas que se vienen a aliviar de dos, tres o más hijos no deseados y que nunca saben del padre.

Sin lugar a dudas la Hermana Francisca tiene buena voluntad, mas no es suficiente, hay muchas cosas que hacer por estas pobres mujeres; hay que buscar los medios para evitar más expulsiones, que ya no seamos el refugio de la intolerancia – el sacerdote se agarró la frente abrumado.

-Pero, usted sabe mejor que nadie que los conflictos irreconciliables entre los pueblos indios por asuntos de religión, política y otros, son los que están originando tantas expulsiones y, sin el afán de contradecirle no comparto la información que usted tiene sobre el incremento del número de abortos, más bien son más las que están tomando pastillas e incluso ya algunas organizaciones no gubernamentales como Marie Stopes están promocionando el condón femenino y, bueno la información del uso de la píldora de emergencia. Yo creo que la hermana Francisca estaba realizando ciertos convenios con tipo de organizaciones que, a lo mejor, -titubeó – puedan hacer que, ¡claro sin promoverlo naturalmente!, buscando un término medio, que las jovencitas no se embaracen tan chicas – alcanzó a decir la religiosa con su acento norteño hasta que el padre la hizo callar con una mirada reprobatoria.

-Hermana esto no está sujeto a discusión, la hermana Francisca será sustituida por usted y empezaremos de nuevo, con más doctrina, más oración, recuerde que la diócesis está considerando su solicitud de beca para que realice estudios de postgrado en la Santa Sede y créame que si realiza una buena labor, curricularmente le sería muy beneficioso. No queremos más abortos, más asesinatos, sea cual sea la vía: La píldora esa de emergencia que esta volviendo más libertinas a las adolescentes y que

CIFAM - MEXFAM está difundiendo como si fuera la cartilla de vacunación, y que decir de esas campañas a favor del uso del condón y el dispositivo para adolescentes –el sacerdote hizo una pausa y resopló con más fuerza. Y ahora eso del condón femenino, por suerte y bendito Dios tan grande, las instituciones de salud han tenido la buena conciencia de no difundir su uso, no promover su venta en las farmacias, esas mujeres de esa ONG que se llama Marie Stopes ¿Las conoce no? Me tienen exasperado con la promoción que le están dando al condón femenino, me preocupa que se metan tanto en las comunidades ojalá que un día de estos les den un susto por andar de libertinas. Hermana tenemos mucho trabajo, nuestra cruzada en pro de los valores de la familia y los mandamientos de nuestra Santa Iglesia es ardua. Nuestra Misión es que esas mujeres tengan a sus hijos y que no los regalen como perritos porque luego regresan nuevamente embarazadas y la historia es la misma, niños sin padre trabajando desde pequeños o drogándose. La Hermana Francisca está algo confundida precisamente por mucha de esa información barata, así que la mandaremos un tiempcito a San Juan de los Lagos a que fortalezca su fe. Las instrucciones son muy precisas para usted. La espero mañana a las siete para que tome posesión de su cargo.

La religiosa se quedó sola mientras veía la silueta del sacerdote perderse con la rapidez que le permitían sus zapatos de charol negro y sus artríticas articulaciones. Todavía alcanzó a escuchar dos resoplidos más. Por su mente cruzaron los rostros femeninos de aquellas historias que había conocido en su apostólica labor, mujeres que buscaban en el aborto una oportunidad para reanudar su vida y perder el cielo. La misa, en la iglesia de Santo Domingo estaba principiando, las campanas lloraban sus ritos, emitían sus gemidos, advertían a los “coletos”, como les decían a los nativos de San Cristóbal de las Casas, que era la hora de la contrición, de buscar el perdón por la sordidez de la carne infame. Débil... indiscutiblemente humana.

Yo debí haber salido desde hacía unos veinte minutos rumbo a la misa, pero quise abordar a la que sabía sería la directora del albergue femenino de Santa María.

-Sin proponérmelo he escuchado la conversación con el padre Guillermo – dije evadiendo un poco la mirada para no tener que confesar que lo había hecho intencionalmente. Y quiero decirle hermana que estoy dispuesta a ayudarle en lo posible, usted sabe que cursé algunos años de medicina y que he estado solicitando una oportunidad para trabajar con un grupo de mujeres ... antes ya había platicado con la hermana Francisca pero no pudimos ponernos de acuerdo en algunos puntos.

-Hermana Azucena – dijo la religiosa cuarentona agarrándome fraternalmente los hombros-.Veo en sus ojos un sincero deseo de trabajar con ese grupo de mujeres, comprendo que estos dos años realizando trabajo administrativo en la diócesis no le han llenado mucho, aunque es comentario general de la diócesis y también del señor obispo que ha sido usted sumamente eficiente y dedicada. Bien, pero yendo al punto, desconozco porqué la hermana Francisca no le haya parecido nombrarla parte de su equipo, aunque no debería culparla, no es bueno emitir juicio de valores tan precipitadamente. Recuerde que nos regimos por instrucciones del señor obispo; voy a hablar con él lo más pronto que me sea posible y si no tiene ningún inconveniente claro que me gustaría contar con sus conocimientos. Sé que estudió algunos años medicina y ha tomado buenos cursos con la Cruz Roja Internacional.

-Se lo voy a agradecer mucho y créame que trabajaré con mucha dedicación para apoyar de la mejor manera a esas muchachas, he sabido que algunas son casi niñas y comprendo que se encuentran en un trance difícil como lo es el embarazo no deseado, - dije con una gran sonrisa mientras la hermana se despedía correspondiéndome con una igual.

Por fin tenía entre mis manos la oportunidad que había esperado, seis meses haciendo trabajo de escritorio, contable y contestando oficios, habían sido suficientes para probar mi voluntad y disciplina, ahora quería esa parte por la cual había decidido ser religiosa, el trabajo con la gente,

involucrarme en esos problemas tan difíciles incluso para la bondad de la iglesia.

Aunque había nacido en otro estado del país sentía estas tierras como mías y buscaba como encarnarme más; la tarde caía como un presagio, era hora de retirarme para concluir unos tramites a la oficina de la diócesis, me dirigí a la salida del templo. Hoy no asistiría al servicio, una decisión abrupta, mejor hablaría con Dios en silencio, en mi reclinatorio personal.

Crucé varias calles empedradas, vi pasar una pareja que discutía algo sobre unas llaves, un niño corría tras un vendedor de globos, en una glorieta dos adolescentes jugaban al amor mientras sus mochilas permanecían olvidadas en un charco de agua, un joven con los hombros tatuados saludaba a un travestí de chillantes pulseras y este le correspondía el saludo sacudiendo su melena rojiza, un auto verde reluciente me tocó el claxon estridentemente anunciándome que el semáforo de la calle que cruzaba ya no estaba en amarillo y un médico con larga bata blanca caminaba lánguidamente mirando al suelo y enseñando la aureola de calvicie que coronaba su cabeza ... esto era parte del mundo, y yo estaba y no estaba en él, a veces me sentía tan sola que me detenía a llorar en cualquier librería, tapándome el rostro con algún libro hasta que respiraba profundamente superando el pesar.

Sabía que pertenecía a la gran hermandad de la Iglesia, eso me confortaba, pero a veces ese nexo familiar no era tan tangible o tan natural como el de la familia que un día tuve, en donde una madre me abrazaba y era tan delicioso dormirse bajo la protección de su cuerpo en una noche de sombras o cuando la fiebre me hacía su presa por consumir demasiados helados en el verano, el verla preocupada llevándome bebidas y medicinas a mi recamara era un bálsamo espiritual que me hacía sentir especial.

A mis veintinueve años sentía que había tomado decisiones duras, como elegir un celibato y un renunciamiento a establecer una familia como la de donde provenía... tenía mis motivos y a pesar de la nostalgia que como rocío espeso me caía en fechas y horas definidas estaba en el camino de esa exaltación que añoraba.

Sin embargo era cierto... una conspiración me atrapaba por momentos y luego la deslizaba en poemas inéditos que publicaba en revistas nacionales con el seudónimo de "Jaromil", era mi pasión este conflicto de ser y no ser. Era mi secreta e inconfesable tentación que no me atrevía a dejar.

Tenía compañeras que bajaban el animo en una obediencia absoluta de su voluntad más interna, yo no podía, era de Dios pero... mis manos estaban sedientas de ser una especie de religiosa atípica, como esas afortunadas hermanas, Oblatas, que trabajaban apoyando programas de intervención con trabajadoras sexuales comerciales en la frontera sur del estado de Chiapas. La hermana Clarisa me escribía profusas cartas en donde mostraba esa perspectiva de vida sobre una realidad y entonces entendía plenamente que la iglesia no era homogénea. Que no todos estaban en contra, por ejemplo, de la planificación familiar y que quizás Jesucristo quería una iglesia más carnal y por eso se vinculó con fariseos y con la Maria Magdalena.

Admiraba cada vez más la loable labor de Samuel Ruiz, sus obras perpetuaban su recuerdo en muchos corazones. Y qué decir de esos jóvenes sacerdotes que se involucraban con organismos no gubernamentales en la labor de difundir el polémico uso del condón, y lo hacían con la frente en alto convencidos de su proceder como algo digno para prevenir la diseminación de enfermedades como las de transmisión sexual. Pensar así, evocar a esos personajes me llenaba y aliviaba de la repentina soledad; era tanto como escuchar una grata música, como sentir en una profunda oración el aliento del Santísimo.

Llegué a mi fría oficina. Unos oficios nuevos se apilaban desordenadamente sobre la carpeta de cuerpo negro que tenía impreso el rostro de Juan Pablo II, dejar esto era mi deseo pero no podía evitar el sentir cierta incertidumbre, la costumbre puede a veces ocasionar serios titubeos... respiré y el olor a madera que emanaba de los muebles y puertas me relajó; cerré los ojos queriendo aferrarme a la fantasía de estar entre los árboles de un inconmensurable y verdísimo bosque.

-¿Cansada Hermana Azucena? – dijo una voz a mi espalda.

-Un poco Padre... y usted, ¿qué tal? ¿Cómo le fue hoy en la casa hogar para niños? – dije complacida de tener por compañía al Padre Fernando, uno de esos personajes con enorme entrega social que admirablemente siempre tienen una disposición para la afabilidad y una historia personal que nunca parece terminar. El, era ciertamente alguien polémico, su amistad con las y los líderes de algunas organizaciones no gubernamentales como, Chiltak, Una Mano Amiga, Tapachula, CIFAM - MEXFAM, Marie Stopes, Casa Abiertas para la lucha contra el SIDA, Chiapas y Abracemos a Tonalá a.c., no tenían muy confortada a la curia.

-Pues bien gracias a Dios. Es muy gratificante trabajar para esos pequeñitos sin padres, lo cual no deja preocuparme también ya que conforme pasa el tiempo y son mayorcitos es más difícil que alguien los adopte y hay que darles educación y enseñarles un oficio para que puedan hacer frente a la vida – dijo mientras jalaba un sillón para sentarse delante de mi escritorio, en sus ojos café había un brillo de agobio contenido, su rostro ovalado de facciones armónicas no había sido afectado por el paso de los años, cuarenta y tres como en cierta ocasión me había comentado, sus labios delgados y nariz respingada delataban su origen burgués, aunque siempre se resistía a hablar del tema. Prefería hablar de sus viajes por las comunidades más recónditas y conflictivas de Chiapas, su fama de buen negociador traspasaba los muros de la iglesia.

-¿En que piensa hermana? –dijo sorprendiéndome en el recorrido que hacía por su rostro.

-En que capto tristeza en usted, habitualmente está más alegre y hoy lo veo particularmente diferente – dije suavizando el tono de mis palabras, deseosa de ser participe de las inquietudes de ese hombre de Dios, tan inteligente y que contaba en su trayectoria con cursos de postgrado en Roma y cátedras impartidas en diversos centros teológicos de prestigio mundial.

-Es muy observadora hermana, una psicóloga nata para ser más justo. Estoy un poco triste porque voy a dejar a mis niños, el obispo me ha mandado a llamar para que trabaje con la Hermana Concepción en el albergue Santa María, está muy interesado en incrementar la elección de las muchachas para que se queden con sus bebés y el piensa que soy una

persona idónea para analizar y encontrar los métodos para fomentar eso. Además de idear estrategias para reducir los abortos clandestinos... lo que pienso es que quieren presionarme desde la diócesis para que deje de apoyar los programas de planificación y salud reproductiva con los que hace algunos años vengo vinculándome a través de mis amigas y amigos de algunas organizaciones civiles – sonrió ampliamente e hizo un ademán de resignación con sus manos.

-Hice un gran silencio, me resultaba bastante incomodo el cuestionamiento a la Iglesia así, tan a voz alta y en la propia diócesis. – sentí claramente su gesto de reproche, al parecer percibió mi cobardía y eso me avergonzó -, usted goza de gran carisma padre y bueno muchas representantes de asociaciones civiles han venido a buscarlo aquí para invitarlo a talleres o para que les gestione la entrada a ciertos parajes – me vino a la mente el joven de ojos verdes Gustavo García de MEXFAM que con gran naturalidad dijo que venía por lo de la entrega de condones al padre Fernando, y lo que casi ocasiona un ataque de histeria a nuestra secretaria sexagenaria, y también recordé vivamente el morenito de lentes, Arturo Vázquez, que con el aplomo de su origen chilango había venido varias veces para dejar invitaciones para las sesiones de los grupos de autoayuda que maneja su asociación civil Casa Abierta para la lucha contra el SIDA.

-Sea franca hermana, a usted como a muchos de la diócesis les inquieta que no me conforme con mi labor en el área infantil y conviva con activistas ligados al tema de la sexualidad, y no se sonroje que bien sé que estuvo un tiempo en la carrera de medicina – dijo acariciándose el mentón y provocándome un súbito nerviosismo, sí, en realidad me hacía sentir incomoda el aplomo del Padre Fernando al hablar de sexualidad. Pero no podía aceptarlo, así que intenté comportarme con naturalidad.

-Claro que comprendo que la sexualidad es algo tan propio del ser humano – no pude sostenerle la mirada y las manos se estaban congelando, así que rápidamente busqué un giro a la plática -. Es maravilloso lo que ha hecho en el Albergue Infantil en este tiempo, el señor obispo no cesa de alabar su trabajo, bueno, pero es comprensible que ahora con el llamamiento al albergue femenino le resulte doloroso dejar una labor de cinco años, pero es parte de lo mismo ¿no cree?, ahora podrá trabajar

con las madres y promover que ellas no aborten y en otros casos que no los abandonen y generen tantos huérfanos y así puedan reintegrarse con sus hijos a su cotidianidad.

-aún el rubor me calentaba las mejillas pese a que yo podía verlo de frente, además quería ser parte del albergue y no quería perder el apadrinamiento del padre Fernando que podía fungir como un buen interceptor para tal fin.

-Creo que a usted le encantaría estar ahí en lugar de esta oficina, tiene una pasión reprimida o algo así – me leyó el pensamiento.

-Sinceramente sí me apasiona el trabajo directo con la comunidad y me sentiría feliz si me integraran al albergue femenino; ojalá pudiera contar con su recomendación... fui directa, esta oportunidad podía no repetirse y ya quería algo más que sólo papeleos y reuniones de tinte burocrático.

-Veré que puedo hacer al respecto, ¿no me invita una taza de chocolate de ese tan delicioso que le prepara al señor obispo?

-Por supuesto, tengo además unos panecillos buenísimos que le van a encantar.

-Diligentemente levante mis papeles y despejé el área para el entremés-. ¿De veras usted me apoyaría para irme al albergue? – Me emociona la idea, ser religiosa no significa abandonar el idealismo.

-Si me trae pronto el chocolate con es dotación de pan que ya me prometió, por supuesto que sí – dijo soltando su habitual y célebre carcajada.

En la cocina del obispado, tapizada de ladrillos que parecían recién lavados, me agarré el pecho, parecía que por fin tendría una gran oportunidad. El agua de la llave estaba helada. Recorrí la cortina de tul que daba a la plaza principal y observe remolinos de hojas y basura desplazarse vertiginosamente. La noche caía y borraba trabajosamente los contornos de las montañas que rodean a San Cristóbal. Terminé de preparar el chocolate y en una modesta canastita de mimbre coloqué los mejores panes.

-Y a todo esto, ¿dónde está nuestro obispo?, – Sorbió su chocolate con gran placer.

-Hoy le toca visitar a los presos, lo hace cada jueves. El gobierno le pasa una lista de los nuevos reclusos que principalmente son indígenas insurrectos para que hable con ellos y...

-¡Vamos Hermana no hable tan a la ligera de esas cosas, son vidas secuestradas en celdas por sus ideales, que se me va a amargar mi chocolate!, - volvió a sonreír y luego hizo un movimiento de negación.

-¿Qué le sucede? – su cambio de actitud me sorprendió.

-Pensaba en cosas humanas ... a veces me dan ganas de irme definitivamente a una comunidad y trabajar hombro con hombro, si viera que hay tanto que hacer allá.

-Tengo entendido que usted ya ha hecho esa labor – me acordé de algunas historias sobre él, precisamente por su tendencia a permanecer semanas en las comunidades más apartadas y altamente conflictivas, incluso un tiempo se rumoreó que él era el líder zapatista Marcos.

-Sí, pero no el tiempo suficiente y con la intensidad como se requiere realmente... allá la urgencia es otra.

-¿Y tiene amigos zapatistas?, es decir, ¿tuvo la oportunidad de conocer algún zapatista? – rectifique mi primera pregunta, no quería que el recelara de mí.

-¿Usted también cree que soy Marcos? – sonrió ampliamente y luego sentí su mirada congelándome, - admiro a nuestro ex obispo Samuel, lo extraño mucho para más sincero, me parece increíble cómo pasa el tiempo y que ya hayan pasado dos obispos después de su partida, - suspiró -. El me enseñó cosas muy importantes sobre los derechos de los indígenas y buen, he intentado en este tiempo abrir mi corazón para poder contar con la credibilidad de los indígenas. He conocido a algunos zapatistas y recorrido a caballo junto con ellos muchos senderos. Escuchando algunas o muchas confesiones. En un albergue, como el de Santa María hay mucha oportunidad de conocer historias. Aunque es mejor ser parte de ellas, allá conocerá a una gran mujer, la doctora Maricarmen, un ser admirable, ella ha sido parte de muy buenas historias. He tenido la fortuna de compartir con ella trabajos que requerían gran tenacidad en tiempos de crisis y con gente muy difícil... creo que ahora comprendo mejor porqué quiere entrar al albergue. Quiere ser parte de...

Su frase fue interrumpida, la puerta principal se abrió y entro el señor obispo. Nos miramos como acordando seguir con el tema en otra ocasión.

IV

Estoy buscando el hilo acústico que me lleve a saborear el nicho por donde brota la furia estoica del violín, ese magnifico el más enfebrecido que ha poseído la humanidad... cual ansia megalómana que es mi pulsión de vida. Vida que se estrella con violencia contra tabúes y maldiciones.

Custodiadas por un ejército improvisado de hombres armados con machetes y maldiciones escurriéndoles por la lengua, las mujeres regresaron al lugar en donde habían dejado sus tercios de leña ante la huída. Lanzando amenazas a enemigos fantasmas las ayudaron con su cargamento de madera destinado a convertirse en carbón, la lluvia había cesado dejando como regalo una enorme alfombra de fango que chupaba obscenamente los semidescalzos pies de esos hombres y mujeres acostumbrados a tornear su piel con las adversidades del ecosistema.

Un nombre se deslizaba sigiloso entre los paladares acostumbrados al posh y al elote asado. Como un murmullo, saliva picante envolvía los labios tensos de ese grupo que emprendía e regreso a su comunidad. Pronto el susurro se volvió un claro rumor y luego un quejumbroso sobresalto. Disgusto más que angustia, furia más que duelo, rencor más que pena, dónde, ¿dónde estaba Lucía?, ¿la habían raptado esos encapuchados?

Los corazones latían en un afán de venganza encarnizada, la penumbra de la noche olía a afrenta y ni el frío era capaz de hacer temblar de esa manera la mandíbula de los indignados habitantes de San Felipe, el padre de Lucía afilaba su machete con la pobre destreza que le daba el haber bebido excesivo aguardiente.

- Cata azuzaba el fuego con el rostro congelado en una expresión de luto, mejor dicho en una contorsión que la envejecía gradualmente conforme pasaban las horas. Le dolía la ausencia de esa hija mucho más que los golpes de su marido. Pensaba en Lucía y la valoraba como nunca. De pronto para muchos su imagen subía hasta las nubes, su rostro era recordado, su espacio evidenciado por el peso de su súbito anonimato, uno que agredía a la comunidad entera.

El cansancio venció a los ceños fruncidos y la droga del sueño anestesió la vigilia y el rencor suavemente.

De pronto un grito electrizó los corazones y machetes provocando el despabilamiento al unísono de sus dueños quienes se precipitaron al rocío y niebla de una madrugada de cinco grados centígrados, acorazados con el calor del instinto aguerrido. Alguien había dado la alarma de una presencia. Los perros rabiosos contagiaron de su furia a los hombres que se precipitaron hacia donde el vigía señalaba febrilmente. Las antorchas se propagaron al encuentro.

Envuelta en un jorongo grueso de lana gris y caminando con dificultad hizo su espectral aparición Lucía, sola para el descontento de la jauría humana enardecida que buscaba dónde volcar su sed de venganza. En el rostro de la joven sólo encontraron extrañas huellas de un secreto inconmensurable embelleciéndola y exaltando sus rasgos indígenas. Su frente destilaba un aura, su sudor y sus flujos impregnaban su ropa del aroma del ciprés y de duraznos.

Lucía calló por semanas... con una sepulcral convicción guardó su historia, su sueño de carne y con ello el pleno y bendito derecho a su individualidad... situación imperdonable en aquel paraje en donde la mujer, desgraciada e impunemente es una ínfima referencia del cosmos comunal, nicho de violencia en donde al género femenino le palidece la fortaleza, su fe y salud. Horrores de los "usos y costumbre".

Cansada de tanto asedio del que fue víctima de quienes trataban descubrir lo que había pasado en esos días de ausencia: ritos con hierbas y animales, de huevos blancos circulándole el cuerpo abusivamente, de incontables racimos de albahaca e inciensos multicolores intoxicándole las mucosas, de idas obsesivas al templo de San Juan Chamula y de eructar

los gases de refrescos de cola hasta el vómito, Lucía tomo una decisión; algo que Santiago vino a proponerle entre sueños, mientras revivía la experiencia erotizante de su lengua extasiándole los sentidos. Así fue como Lucía ejerció el arte de la narrativa. Inventó para callar el acoso comunitario y sobre todo los gritos salvajes de su padre, una historia sin Santiago-hombre. Lo volvió árbol, camino y ave en su relato. A ratos era la luna protectora y otras un rumor de arroyo. Y así lo hizo una sola vez para luego abrochar sus labios. Se guardó celosamente el recuerdo de su seductora presencia arropándola como un capullo. Dejó que las noches fueran su más seguro refugio y aprendió a vivir con la humedad matutina que la excitación provocaba en su sexo bautizado por el clamor ante aquella mutua entrega.

Se quedó también con el sabor de la lágrima dolorosa, aquella que emanó en el último beso, en ese en el que se atrevió dar vida a su lengua como él lo hacía inundando sus nobles ventanas. Tampoco habló de la tentadora propuesta de partir con él y su lucha, esa petición que le hizo de rodillas, besándole los pies, los muslos, hasta llegar con clamores de miel a su sexo. La detuvo de marcharse con él la dolorosa sensación de la pérdida recién sufrida de Sandra, su hermana, aquella que se había intoxicado de amor y sufrido como nunca nadie ella había conocido antes. No quería rasgar el aire con alaridos de dolor como Sandra, la hermana perdida en todos los sentidos, así que fue un temor la que la aferro a su San Felipe nuevamente.

V

Santidad... océano glacial, delirio de Dante o barrera de históricos lastres ¿Qué eres con tus odas de paz y tus hechos que llagan las horas de toda una raza?

Lo confieso, de hinojos... pero besando y clamando tu nombre y cuerpo: la emoción me devora cuando el rito más sacro me lleva al orgasmo, aunque después solo un desierto alumbra mi paso, dicen que se llama culpa qué nombre tan corto para angustia tan larga.

A veces me intrigaba la mente de los hombres, prefería ese aturdimiento a sentirme resentida por un estoico discurso paranoico en donde el último en ser venerado era Dios. Sectas, religiones, congregaciones, etc., sacudían mi paciencia; la intolerancia me enfermaba los sentidos y de nada valía hablar y hablar porque al final el radicalismo subía ufano a su trono con su estela de víctimas: expulsados, desterrados, odiados, marginados, torturados, quemados y mujeres embarazadas deambulando con tristeza por un limbo de incertidumbre.

Por fin, en el albergue femenino, descubriendo a las mujeres la novedad de la vida autosuficiente sin la relación de esa parte opresiva masculina, generando talleres de repostería, costura y manualidades en donde las ganancias serían de ellas netamente no para el alcohol o el cigarro de ciertos hombres, las alfabetizábamos, e incluso a algunas las incursionábamos en la mecanografía mientras vigilábamos el sano desarrollo de su útero expansivo. Y dentro de ese clima prometedor no podía evitar el descubrimiento de mucha tristeza, ¿era su baja autoestima? Autoestima, qué palabra tan difícil de operativizar cuando el lastre de una cultura favorecedoramente machista llena los contextos. Mi aliento se congelaba al intentar proponer un estilo de vida diferente, ¿cómo se lidiaba con estatutos culturales tan férreos? Empecé a sentir que me encontraba en una isla de mártires. Sin embargo no me atrevía a compartir mi desolación con nadie, ¿orgullo?, quizás quería resolver todo desde la fe, desde mi propia fe.

-Creo que mañana va usted a presenciar su primer parto en el albergue, hermana Azucena, espero contar con su total colaboración para auxiliar a la doctora -dijo solemnemente la directora invitándome a sentar en una de las sillas de mimbre del amplio jardín.

-Por supuesto que sí, ya he platicado con la doctora y me ha prestado algunos libros de la atención del parto y del recién nacido, he revisado con ella el material de la sala de maternidad... esperemos que durante la noche no incrementen las contracciones y...

-Sí, sí esperemos. La he visto algo cabizbaja, ¿acaso ha disminuido su entusiasmo de colaborar en este albergue?, ¿extraña el trabajo de la diócesis?, - dijo mientras hacía señas para que el padre Fernando, que regresaba de su vespertina rutina de atletismo, se acercara.

-El entusiasmo, interés y todo lo demás no ha disminuido, pero...

-¡Buenas tardes hermanas! ¿Puedo sentarme?, -dijo el recién llegado con el aliento agitado y expandiendo su tórax atlético de una manera que me hacía desviar la mirada a otro lado para no tolerar tentadores pensamientos.

-Estoy platicando con la Hermana Azucena sobre su disponibilidad de continuar en este albergue, ya que, como le comentaba a usted ayer por la mañana he notado un cambio en su...

-Cambio en su entusiasmo, es cierto hermana Azucena y le he pedido precisamente a la directora que habláramos claramente con usted sobre cómo se está sintiendo, cómo esta viviendo los problemas de estas jovencitas embarazadas que en su mayoría no quieren tener a sus bebés, ¿no se ha sentido demasiado agobiada por los conflictos de estas mujeres?, -dijo mirándome fijamente ya con más dominio de su respiración.

-Pues... sí, sí me he sentido bastante afectada, no ha sido fácil saber de tantas historias diferentes y lidiar diariamente con su trama que por momentos parece tan, pero tan incierta. -dije con un aire vergonzoso de derrota y sin más solté mis más coaguladas lágrimas, que parecían brotar de una fuente inagotable. Esta terrible frustración me rebasaba, ¿sería falta de humildad? Pero es que en realidad en los pocos días de trabajo me había sentido tan pequeña, tan inútil.

- Hermana Azucena, tengo la misma materia prima que usted y claro que también me mortifico de pronto por tanta tristeza y penurias de quienes nos rodean. ¿Cómo sobrellevarlo? Eso es un aprendizaje pero yo y la doctora Maricarmen te podemos ayudar, yo te puedo enseñar de lo que le he aprendido a otros, pero lo importante es que seas benévola contigo misma y que entiendas que no es un proceso rápido, no hay recetas de cocina para esto, sólo tienes que utilizar tus propias armas interiores y mantener una fe como la de nuestro señor Jesucristo. Tienes que orar más y descansar tu voluntad en Dios. No te cargues con cosas que no son tuyas... y sobre todo recuerda que apenas tienes una semana en el albergue. -Dijo como si leyera mis más punzantes contradicciones

-Le doy toda la razón padre, cuántas veces hemos sentido como instrumentos de Dios que la carga nos sobrepasa, que es imposible dar un solo paso más y sin embargo él nos muestra sus caminos anonadando nuestra supuesta sabiduría. Pero, ahora me gustaría escuchar la voz de Azucena, ¿qué quieres tú? ¿Estas de acuerdo con seguir? ¿Deseas hacer el esfuerzo que te propone el padre? dijo la Directora.

Levanté la mirada, encontré la frente amplia del padre con sus claros ojos dándome seguridad, y al voltear a la derecha la apremiante interrogante de la Directora diciéndome en silencio que era una decisión para el ahora.

-Sí, sí quiero seguir, mí corazón me dicta que aquí es donde voy a encontrarme más cerca de Dios, discúlpeme por este momento. --dije tratando de sonreír mientras me limpiaba las lagrimas. Sentí mi rostro caliente, la vergüenza me cubría con su manto indiscreto. Un impulso me había hecho decir cosas, mejor dicho un impulso me había desnudado el alma.

-No, ningún discúlpeme, es preocupación de nosotros como directivos que todos los que estén en este Albergue gocen de un bienestar espiritual para que puedan dar esa espiritualidad a los demás, aquí todos debemos hablarnos con la verdad y sobre todo ser humildes para pedir ayuda -agregó la directora sonriendo maternalmente y se levantó dándome un beso en la frente.

Asentí con el orgullo mancillado, un relámpago rasgó el cielo provocándome un súbito ardor en el pecho. Enseguida un escalofrío me recorrió y tuve un presentimiento. Por mi cuerpo sentía oleajes que no podía descifrar, tal parecía que el contacto de sus labios en mi frente había desatado algo, ¿era esto un presagio?

Quizás sólo era una reacción de mi conciencia trastocada por esas confesiones.

Me sentía más tranquila, como si momentáneamente el peso de las lágrimas verbales de todas las mujeres albergadas se hubiesen esfumado. Sin embargo ese oleaje, augurio o lo que fuera me invadió toda la noche.

VI

Un canto de jovialidad no debe ser clausurado por las tormentas de la discordia.

Pueblos, células ardientes de seres morenos y tersos: no subyuguen sus risas ante intereses que amenacen con marchitar el crisol que hace de la paz un verdadero folclor de equidad.. qué difícil es ser mujer en estas tierras, en este libreto de alas quemadas que es Chiapas. Y más difícil aún es saber del amor, sí, eso que es diferente a abrir las piernas y cerrar los ojos.

La afamada fecha había llegado con sus pompas y algarabía: risas y un fuerte olor a comida con condimentos afrodisíacos e indigestantes invadían la localidad entera como obedeciendo a un extraño conjuro. Era la fiesta de la comunidad, una mezcla de ritos mundanos con rezos saturados de velas y alcohol... y Dios bajaba de su pedestal a poseer a esas almas convencidas de su fe, por eso invertían sumas estratosféricas de dinero en ofrendas, música y perdían la razón hasta comer tierra con orín cuando la adicción les licuaba los nervios y sus sentidos. Todo por la religión: lloraban los hombres como niños, los niños se preocupaban por sus padres como adultos, y las mujeres dócilmente soportaban el hedor de sus maridos y su

violencia aturdida arremetiendo contra ellas. Pero en fin era la fiesta del Santo Patrono.

El gobierno había llevado sus más afamados programas de asistencia a esa comunidad. Incluso se daban el lujo de contar con dos escuelas y un sistema de electrificado envidiable, gracias a la astucia de Jaime Santis el gobernante de San Felipe que favorecía con discursos estratégicos al poder oficial y denigraba con el pecho henchido al ejército insurrecto, y con doble fervor pasaba con su odio de los dichos a los hechos en el caso de cualquier cristiano que no fuera católico y se negara a reconocer como legítimos a todos los santos en todas sus presentaciones y la virgen María, de igual manera, en todas sus variantes. Él era un hombre de una inteligencia sobresaliente al promedio de sus paisanos, había desarrollado una elocuencia capaz de mover masas con una facilidad estremecedora y eso era lo que habían capitalizado los altos mandos políticos y clericales para su beneficio en cuanto a control social. Sus seguidores lo respaldaban felices de los beneficios que nunca en la historia de San Felipe se habían visto y por ende la fiesta del patrono era todo un acontecimiento que atraía, incluso, a los pobladores de comunidades aledañas.

La marimba despedía densas volutas de energía, era el diálogo despampanante de un hormiguillo secuestrado de la bonanza de esta tierra, que procreaba hombres de verdad y a veces títeres risibles. Así es la cosecha, de pronto apetecible y más tarde venenosa. En esta pletórica ocasión se revolvían en el baile y los cantos los seres de distintas conciencias... Sin embargo no todos los habitantes participaban, estaban los Sánchez y los Moreno (por citar un ejemplo de familias que tenían un culto protestante, por lo cual eran muy mal vistos por las casi setenta familias católicas de San Felipe), eran algo así como una piedra en el zapato que tarde o temprano tendría que quitarse y en este tipo de celebraciones preferían estas familias cerrar sus puertas y evitar a al máximo salir cuando la euforia por la santidad los hacía un blanco colectivo de insultos.

De pronto una ráfaga de alaridos luminosos agrió la velada y hasta el olvidado ser que se encontraba derrumbado cual la torunda humana, impregnada y goteante de alcohol por los poros y todos sus orificios despertó de su limbo. Una jauría humana a caballo arremetió destruyendo con machetes y antorchas lo que encontró a su paso... gritos desaforados le dieron el toque escénico perfecto a Apocalipsis:

-¡El ejercito!, -gritaron dos ancianas.

-¡El demonio!, - aulló Cata.

-¡El gobierno!, -exclamaron un grupo de pentecosteses.

-¡Paramilitares! -denunció un adolescente que corría vertiginoso.

¡Zapatistas!, -vocifero don Santis desenfundando su arma.

¡Protestantes!, -dijo santiguándose Lucía.

Como una plaga maligna, irrumpieron aproximadamente doscientos hombres fuertemente armados y cuya vestimenta nadie pudo de momento precisar porque era más la furia y un aura de barbarie la que los vestía. Sus voces eran un rugido unánime de muerte, carne contra carne sin el detenimiento que puede ofrecer la conciencia. Incendiaron casas, asesinaron niños y violaron niñas... tomaron a aquella de las trenzas negras pulcras que en la mañana se había lavado el cuerpo con la paz de su cándida y verde existencia. Rosa Gómez de trece años fue arrojada a una desnudez de oprobios, de entre sus piernas ambarinas fillos de sangre resbalaban en forma de ingrata hiedra. Ella era una niña, una mujer... y para esas avispas soeces un ente mancillable, un nicho donde vengar asuntos de iglesia, de política. Su cuerpo adolescente adolorido se estrechaba contra una roca, había tragado tierra, era mucho menos que una mujer... ahora una mujer violada, ¿como podrían encontrarle su valor? Era la pregunta que enmudecía ante sus alaridos que estallaban en su pecho convulso.

Dios hizo una pausa, se durmió un momento para las horas anónimas de injusticia en Chiapas... se olvidó que un buen Todopoderoso debe trabajar sin la tregua, sin la espera. En San Felipe: Lucha asexualada,

barbarie que todo lo apuesta hasta pulverizar dignidades, pues en la horda habían ancianas y hasta mujeres embarazadas envueltas, también, en un gemido de guerra que semejaban al de las fieras heridas.

-Llegaron y se marcharon, -así lo resumió un habitante de nariz aguileña y fibrosos brazos. No pudo decir más la sorpresa y el dolor le carcomieron los recuerdos. En sólo quince minutos todo había acabado, Santis maldecía a sus enemigos políticos mientras buscaba arrastrándose con los brazos ensangrentados a sus hijos, esposa y alguna que otra querida entre los escombros y humo negro. La pequeña iglesia estaba atestada de mujeres ultrajadas que hincadas lanzaban sus lamentos e histeria al patrono de San Felipe que mantenía su artesanal sonrisa ante el espectáculo de sangre en los vientres y cuerpos lacerados.

Pobres vírgenes traicionadas por su fe, ¿no eran ellas quienes se preocupaban por mantener la iglesia llena de velas y flores? Muchas permanecían inconscientes tiritando de dolor, nunca más valdrían nada, ningún hombre las querría, todo lo que podía significar un grado de valor para su futuro era polvo. Tendrían que asumir el triste destino de la mujer violada, su vagina corroída lo era tanto como su destino, no importaría cómo había ocurrido la vergüenza y la culpa estaban ya estampadas por la gracia y bendición del género masculino que finalmente era quien presidía a los algoritmos de su familia, comunidad y del catolicismo.

Algunos habían escapado al bosque sin más pertenencia que sus miedos y la incógnita de por qué Dios había permitido semejante horror. ¿No bebían en su honor hasta el anonimato de su conciencia? ¿No golpeaban a sus mujeres después de sus celebraciones de fe para dar testimonio que habían bebido hasta la última gota de posh en su honor?... ¿No había llegado un sacerdote y oficiado una misa bendiciendo esta bacanal?

Lucía había corrido demasiado, pisándole los pasos, Alicia, su prima quien no cesaba de llorar y cada vez que quería decir una palabra el dolor le exprimía el aliento. Aunque la luna estaba bastante generosa con su bonachona luminosidad los caminos se hicieron inciertos con el paso de los

minutos y el silencio de la incivilización devoró a aquellas dos mujeres. Decidieron sentarse para mitigar la fatiga. Como un resorte Lucía se irguió pues a corta distancia vio unas luces como de un auto, seguramente era la carretera y pensó que si llegaban a ella fácilmente podrían orientarse para regresar a San Felipe. Alicia calló sus chillidos roeriles y siguió esperanzada a su prima que con gran agilidad se dirigía a esas luces intermitentes.

Por fin una carretera, el asfalto nunca les había parecido tan grato, pues casi siempre lo recorrían cargando tercios de leña mientras que uno que otro conductor les tocaba el claxon con fastidio.

Se dieron un fuerte abrazo sonriendo por su fortuna, una especie de autobús se acercaba y aprovecharon su luz para reconocer el lugar, decidieron dirigirse hacía el poniente dándose un mutuo convencimiento para aliviar el sobresalto que habían vivido, a sus espaldas el autobús parecía seguirlas al parecer había disminuido su velocidad. Pasaron como cinco minutos y el auto continuaba detrás, se miraron acelerando el paso, el chofer aumentó su velocidad y se detuvo abruptamente. Dos hombres bajaron, las sujetaron con violencia y las arrojaron en la parte trasera del transporte; un hueco oscuro como fauces de lagarto en donde mujeres sarcásticamente risueñas y otras damas de más arrugas, algunas con acento centroamericano y cómodamente distribuidas despedían los más intensos olores a perfumes baratos, alcohol, tabaco y otros incitantes. En la cabina los raptores con las conjuntivas enrojecidas y callosas manos comentaban sobre su hazaña.

-No creo que al destacamento le parezca que les llevemos estas dos indias -dijo el hombre de barba rojiza al chofer.

-Mira a ellos les gusta la variedad y ya ves como están de ganosos los pinches militares y te aseguro que estas dos no han de estar tan enfermas como las que llevamos.

-Pues también cómo no van estar enfermas si los idiotas no usan condón y las traemos de destacamento en destacamento y la verdad que ya no aguantan tanta penicilina en la nalga.

-Mi conciencia está tranquila porque condones yo les doy y suficiente a estas putas pendejas, que prefieran recibir más dinero a usarlo. Allá ellas

– dijo el chofer, mientras encendía un cigarro haciendo una mueca que dejaba al descubierto sus amarillentos dientes.

-A veces me dan lástima estas viejas...

-Si tanto te gustan las putas de Centroamérica pues agarra las que quieras, yo te las invito.

-Ni que fuera pendejo para que me peguen sus enfermedades.

-Pues usa condón y ya.

-No, no es igual, yo prefiero buscarme otras más finas, aunque pague más pero que se vean limpias y que sean, eso sí, rubias de agencia de modelos, sí de esas que utilizan los políticos para que los acompañen en sus viajes y fiestas.

-Si serás pendejo no has oído que hay enfermedades que no se ven a simple vista

-Pues más pendejo eres tú si tu pequeño cerebro no ve la diferencia entre una puta limpia y estas corrientes que traemos de la frontera de Guatemala. Y por si no lo sabías yo he estado con mujeronas que han dormido con secretarios de estado, ¿cómo te quedó el ojo?

-¿Y eso qué? ¿A poco esos billetudos no pueden tener SIDA?

-Vete a la chingada

-Pues la chingada te va a cargar si no usas condón.

-Cambiemos de tema, ¿viste que chistosas estaban vestidas las indias? ¿Yo creo que éstas iban o venían de alguna pinche fiesta.

-Se me hace que han de ser las putas de los indios, mira que horas son y muy frescas andando por la carretera, seguramente regresaban de hacer algún "trabajito"

Los dos hombres de aproximadamente cincuenta años y gruesos brazos tatuados y abdomen prominente soltaron sonoras carcajadas.

Lucía y Alicia gritaban pidiendo ayuda. Carolina una trigueña de piernas largas y delgadas intentó callarlas:

-¡Ya no nos jodan! ¡Dejen de gritar! ¿No ven que vamos a trabajar duro y tenemos que descansar? -dijo soltando una grave carcajada.

-¿Trabajar de qué?, -pregunto instintivamente entre sollozos Lucía

-¡En el convento cabronas!, -contestó la misma voz de timbre posmenopáusico mientras se tocaba su sexo obscenamente.

-¿A donde nos llevan señorita?, -pregunto Lucía tratando de calmarse. Pero su ingenuidad solamente levanto más burlas.

-¿Señorita, yo?... pero ni de las orejas; nosotras somos putas y ustedes muy pronto lo serán, - sentenció Carolina tajantemente.

-No, nosotras somos mujeres honradas, y es, estoy segura que estos hombres nos soltarán de inmediato -tartamudeó Alicia temblando frenéticamente.

-¿Mujeres honradas?, quizás todas lo fuimos un día, pero la necesidad y el deseo de lana nos jodió. Además muchas estamos juntando dinero para ir al otro lado. Aunque pensándolo bien somos mujeres honradas, -exclamó Adelaida, una mujer con el cabello casi cortado al rape como si fuera una cachucha amarilla, su aseveración genero una carcajadas y chiflidos que ensordecieron el ambiente ya bastante sofocante.

-¡Por favor ayúdennos a salir de aquí! - gimió Alicia para solamente recibir ecos de fastidio.

-Finalmente estas cabronas y yo jamás le robamos a nadie, este es un trabajo. Sí, pensándolo bien, somos honradas, putas pero honradas, - siguió disertando Adelaida sobre la honradez de su oficio ante el aplauso de las demás.

Lucia y Alicia se cansaron de rogar y golpear enfebrecidas al carro que las arrastraba a muchos kilómetros de distancia de su mundo, como muñecas de trapo se durmieron entre las piernas, muslos y senos de esas mujeres burlonas, comerciantes del sexo.

Ellas también buscaban en el sueño un exorcismo a todo aquello que sembraba cardos contra una identidad y, ¿por qué no?, contra un deseo de dignidad.

VII

Hay sabores que traspasan veloces los sueños, como los del ciprés y el durazno, hay realidades gratas que sucumben en un trágico grito. Formas de amar que desarman los hitos, como esas que veo entre algunos hombres que se hacen llamar hijos de Dios y que generan un caudal salino de lágrimas y frentes vencidas en donde debiese habitar la hermandad total.

Un hermoso niño de ojos negros y piel cobriza había nacido a las siete treinta, una mañana saturada de vientos envalentonados que habían hecho crujir las ventanas sin piedad lo había recibido. Pero por fin llegó a este mundo un hermoso bebé de piel canela después de un difícil trabajo de parto de casi cinco horas.

Este arribo entre flujos y sangre me tocó una fibra somnolienta. Nuevamente me reverdeció el optimismo médico que me había acompañado durante el primer año de formación universitaria. La doctora Maricarmen estaba complacida con mi participación, ambas habíamos generado un lazo muy especial ya que a diferencia de mis otras compañeras de hábito me placía internalizarme en asuntos controversiales como los relacionados a la violencia intrafamiliar, la sexualidad, el comportamiento de la pareja y las nuevas de la anticoncepción con perspectiva de género; mi forma de ser embonaba perfectamente para mi propia sorpresa y sobrecogimiento como un rompecabezas en las ideas liberales sobre las preferencias sexuales y la equidad con las de esta agradable mujer de bata blanca. Maricarmen me definió después de varias pláticas como una amiga y eso me llenó de un grato sentimiento; era intrépida e inteligente. Como el padre Fernando era invitada por diversas organizaciones no gubernamentales para participar en pláticas, talleres y conferencias. Acompañarla me inyectaba emotividad aunque me guardaba de externar públicamente mi opinión en relación con esos temas, era mejor así, bueno eso quería creer aunque todo se me iba acumulando. Por las noches empecé a tener insomnios y a temerle a ciertos calorcillos que me

avisaban de la gestión de un ser dentro del mío... un espécimen raro algo así como una bomba de tiempo.

-Y todavía nos faltan catorce, estoy muy agradecida con su apoyo hermana Azucena, realmente necesitaba alguien como usted en este sitio. Debió haber sido una estudiante muy aplicada en su tiempo, - dijo esbozando esa sonrisa adolescente que le granjeaba tanta confianza por parte de los pacientes.

-Pues... – me sentí halagada por el comentario de una mujer tan competente - sí, en mi tiempo de estudiante procuraba esforzarme un poco más, estoy cansadísima pero muy contenta. ¿Qué va a ser del bebé? - dije, colocando en el ambiente una pizca de incomodidad que arruinó en un segundo la dicha del evento.

-No lo sé... – dijo la doctora tomándose instintivamente la sien como recordando las numerosas mujeres que habían dejado a sus bebés en otras manos y arrastrado una pena insoslayable y herméticamente silenciosa por falta de un adecuado apoyo psicológico – Bueno eso ya lo hablaremos después, por lo pronto ella tiene que descansar y reponerse un poco.

-Así es, se la recomiendo hermana, yo tengo que retirarme -dijo la doctora mientras recogía en una cola su cabellera color castaño-, así es esto, casi siempre no existen en estas historias finales felices o como nosotras presuponemos que deberían ser, yo fui madre soltera y créame estar en una encrucijada así es una de las experiencias más crueles, la más sola... porque aunque estés físicamente rodeada de personas es un asunto entre tu bebé y tú. Quizá por eso me aferré a este trabajo voluntario para explicarme cosas que aún no entiendo.

-A mí también me tocan el alma estas mujeres, no podemos decidir por ellas pero por lo menos podemos abrazarlas y proporcionarles nuestra compañía.

-Ojalá así pensarán todas las religiosas y sacerdotes... disculpe no quiero ofenderla, dijo mientras se volvía a acomodar el cabello lacio, rebelde que le caía hasta la cintura con una magnífica sedosidad .

-Creo que nos hemos abierto bastante como para decimos sin prejuicios lo que sea doctora, creo tener el criterio suficiente como para entender los bemoles de la vida religiosa. -La miré de frente y me agradó su manera de sostener la mirada.

-Pues yo lo pienso y no es el hilo negro; este mundo religioso, es en muchos sentidos, el mundo de la culpa y aunque existe aquí, en este albergue, una labor admirable de altruismo, yo sé de las indicaciones del obispo a la directora de este albergue en el sentido de que se procure que las jóvenes se queden con sus bebés, aunque hayan sido productos de incestos o violaciones y se solidifiquen a como dé lugar los preceptos católicos. -Suspiró indicándome que la siguiera a otra ala del albergue-. En el corredor el viento había hecho sus estragos: hojas y basura revoloteaban, ella encendió un cigarro y metió su rostro en la blanca cortina de humo.

-Azucena... ¿Que sentirías si supieras que vas a tener un hijo de tu padre? No me respondas sólo intenta imaginar el dolor. ¿Que hay del oprobio de una violación? ¿Crees que las noches vuelven a ser las mismas?

Una pausa.

- Es cierto lo que dices y aún es peor... en este mundo hay tanta contradicción y tanto dolor. Lo sé, no estoy sorda por los rezos. Tengo los pies clavados en la tierra; aquí he visto a mujeres que fueron ultrajadas y golpeadas hasta el borde de perder la vida por sus maridos, esos mismos que juraron ante un altar "hasta que la muerte nos separe", lo entiendo, también me pregunto ¿cómo podría una mujer amar a ese producto de violación total a su dignidad? ¿Si es un ser germinado en una relación de golpes e insultos?, aunque claro la comunidad no ve nada anormal en ello y sí mucho en esa mujer que huye de ese yugo por ejemplo a través de un divorcio... Y aunque soy parte de este sistema de perdón y paz que busca el mundo feliz, en donde habiten matrimonios perfectos y amorosos no puedo dejar de estremecerme por la fatídica desventaja que constituye en estos tiempos, en esas comunidades intensamente verdes y bellas, el ser mujer. – Sentí que mi boca ardía y mi pecho se asfixiaba en si mismo.

-Es usted sabia Hermana Azucena, mis respetos y mi corazón para usted -me abrazó intensamente y me dio un amoroso beso en la mejilla como hacía mucho tiempo nadie lo hacía-. "Ser mujer" hoy por hoy en esas condiciones en donde fluye el alcohol y gobierna el radicalismo masculino de fuerza y opresión es un factor de riesgo para la salud física, emocional y espiritual de nuestras hermanas de sexo. Esto es lo apasionante de estar aquí, de trabajar con la autoestima de estas chicas agredidas por una historia y una cultura, ¡no me vaya a dejar sola Hermana!, juntas vamos a hacer mucho aunque sea con este pequeño grupo del total que sabemos se enferma y fallece por su carga genérica.

Nos dimos un fuerte abrazo y sellamos un pacto secreto de hermandad por nuestras aspiraciones de restituir a esas mujeres a un mundo de valores que nunca conocieron, y en esa restitución también iba implícito el deseo de hacer lo mismo por nosotras... que en algún momento también fuimos dañadas. Quizás mis valores se diferenciaban bastante de los de Maricarmen, mi fe en la iglesia era lo primero, y a pesar de las inquisiciones sabía que la devoción a un Cristo me definía. Me enamoré de él, me desposé de lleno y su ministerio era mi fuerza, encuentro y renunciación. En cambio la doctora era bastante bélica personal y socialmente; en ocasiones me asombraba su conocimiento de ciertos líderes zapatistas cuando en las charlas con las indígenas ella hacía acertadas referencias. Sin embargo había observado que se cuidaba mucho de emitir opiniones sobre el zapatismo delante de la directora, pero no así delante del padre Fernando. Aunque estaba agotada, en mi corazón una voz me decía que era el momento.

Ya sabía algo de la historia de Sandra, de esta joven recién aliviada por ejemplo que en un tiempo fue católica y que el motivo por el cual se encontraba lejos de su hogar era porque su esposo profesaba la religión de Testigo de Jehová, de hecho se había casado en contra de la voluntad de la comunidad por los ritos de los Testigos de Jehová; y un día fatídico y gris halló muerto a su esposo apedreado y con cruces atravesándole el pecho pintado con mensajes entrecortados que lo calificaban de impío y pecador escritos con su propia sangre como muestra del gran odio que otras formas de creencia despertaban en los católicos tradicionalistas. Sandra había

llorado hasta casi perder el habla, su madre, padre y hermanos la instaron a que volviera a la iglesia católica. Ella se había negado pues comprendía a la perfección que le habían arrebatado a su esposo como castigo al amor que se tenían, como una agresión por ser diferentes, como consecuencia de su rebeldía la expulsaron de ese pueblo, de San Felipe; ocurrió justo un domingo después de la misa de doce. En nombre de Dios. Amén.

Con cuidado entré en su habitación, ellos estaban juntos: un binomio adorable, el bebé descansaba sobre su generoso seno izquierdo. Ella no dormía, inquieta parpadeaba mirando el candelabro colonial eléctrico que colgaba del techo. Por el contrario su pequeño hijo disfrutaba de un reposo total, despreocupado de todo sinsabor.

-¿Cómo te sientes Sandra?, -pregunté intentando descubrir en sus ojos qué pensaba hacer de su vida y la de su hijo,

Mis compañeras de hábito habían adornado con muy buen gusto aquella estancia. Su instinto maternal había aflorado a través de las figuras de pellón y el colorido del crepé.

- Estoy cansada... no puedo dormir.

-¿En qué piensas?

-En la señora que quiere a mi hijo, ¿usted cree que pueda querer a un niño que no es de ella?

Por un momento solo sonreí. Así intenté disimular mi ignorancia emocional al respecto. Tomé aire y jugando con una sonaja de forma de graciosa forma le respondí buscando algo en el techo.

-Te refieres a la señora Alejandra Gutiérrez. Es una mujer muy agradable; no puede tener hijos y está muy deseosa de adoptar uno para criarlo como propio. Y si ha acudido a nosotros pues yo creo que lo hace con muy sinceras intenciones. Se ve muy formal y a sus treinta y ocho años no creo que juegue con cosas tan serias. ¿No lo crees?

-No sé -dijo mientras su voz se entrecortaba y un par de gruesas lágrimas le humedecían su rostro pálido de púerpera.

-¿Quisieras quedarte con él? -le pregunté tomando la manita del bebé cuyos rasgos aún eran indefinibles.

-Quisiera criarlo yo y vivir en mi pueblo. Cuando llegué acá mi mente era otra. Ya sabe que mi familia me echó de San Felipe.

-¿Y qué tal la familia de tu esposo? ¿Por qué no te vas a vivir con ellos?

-Huyeron después de que los Gómez, mis primos, mataron en venganza a mi cuñado de sólo trece años. No me acostumbro a vivir fuera de mi pueblo aunque me hallan hecho mal... sé que no podré quedarme más en este Albergue hay otras que necesitan mi lugar ya la madre Conchita me lo ha dicho.

-Te gustaría que yo hablara con tu familia?, -dije impulsivamente con entusiasmo y logrando despertarle una sonrisa. Qué confiada y con cuánta determinación me había autoimpuesto semejante tarea. Apreté mi rosario y empecé a rezar en silencio. Rezar era lo mejor de ser religiosa, uno descansa en manos de Dios con sólo susurrar padres nuestros y aves marías.

-¿Podría?, -preguntó inclinándose con repentina vitalidad en la cama. Yo misma me hice la pregunta y su eco me taladró los latidos. Cuántas veces no había yo acompañado al obispo a la cárcel y descubierto la necesidad de aquellos hombres detenidos por descuartizar a machetazos al que unas horas antes era su igual, y sólo por que de pronto una pasión ciega en una idea les había ensordecido las buenas maneras. Intolerancia que perturba.

-Bien, pues entonces hablaré con el padre Fernando y la directora, y en cuanto tenga su aprobación iré a conocer a tu familia, en San Felipe.

-Gracias – dijo Sandra mientras los párpados se le cerraban aprisionando una ilusión.

Me quedé un instante contemplándola, que agría parecía toda esa aura que había precedido a su embarazo y ahora aunque acompañada por ese lindo ser de carne y alma no parecía que el futuro fuese muy prometedor. Ya había oído hablar de los católicos tradicionalistas y de las masacres que en nombre de Cristo realizaban poniendo en entredicho la labor episcopal del señor Obispo.

VIII

De la tierra han nacido huellas, cantos pictóricos de alas y duendes... la fantasía como reina de todas las promesas, ¡ah! Como gusta tu forma a esta prole de seres que radicalizan con el mismo ánimo de un cruzado medioevo, y en nombre de una fe destruyen y corrompen con la más siniestra paranoia

El camión se detuvo bajo un pavoroso calor, la vegetación asfixiante exhalaba sus más intensos vapores selváticos, las mujeres en fila se desplazaron como amaestradas por una vereda que conducía a un ala del campo militar, sólo dos de ellas aguardaban en el camión tiritando de angustia producto del recuerdo de una plática descarnada con Carmela, una guatemalteca dotada de copiosos lunares que sin miramientos les dio unos consejos prácticos y crudos para ejercer el arte de la prostitución.

-Sólo aflójense y tomen aire, eso así a veces hay que tomar mucho aire porque se tiran encima como desesperados. La mayoría lo hace con prisa, es que como saben que está la gran cola de compañeros esperando. Son bien cabrones cuando uno de ellos tarda demasiado luego lo andan jodiendo de que es puto o que ya no puede.

-¿Aflojarse? ¿Para que nos violen?, -preguntó aterrada Lucía

-¡Hay mamacita no seas tonta! Somos prostitutas, esto es un trabajo, es más dicen que el más antiguo de la humanidad --dijo con un aire de presunción

-Yo no soy una puta – replicó Lucía.

-Mira chamulita, puedes decir que eres Santa Teresa o lo que quieras pero tendrás que abrir las piernas y dejar que entre...

-¡Hay Carmela que idiota eres! ¿No ves que estas las recogieron en el camino?, las secuestraron estos bueyes. No seas tan cabrona con ellas, -repuso Ángela dándole un brusco tirón del brazo a su compañera-. Yo ya hablé con ellos, les dije que se pueden meter en una bronca, que mejor las suelten.

-¿Y que te dijeron?

-Me mandaron a la chingada – respondió riendo -. Pero eso sí, les dije que los indios son malditos y salvajes y que si por mala suerte nos agarran nos despellejan y queman vivos.

-¿Qué esperan para bajar?, -gritó impaciente el chofer que sin camisa ventilaba sus profusas reservas calóricas.

-¡No vamos a bajar!, ¡regrésenos a nuestro pueblo! -le respondió Lucía con un acento de falso valor y agudo chiflido, que le provocó una sonora carcajada a su raptor

-Claro que no, pero bueno si no quieren bajar no lo hagan a ver en dónde consiguen comida y agua, estamos a muchos kilómetros del pueblo más cercano y créanme que no es el suyo.

-Por favor señor, ¡déjenos ir! -gimió Alicia.

-¿Que haces pendejo? ¿No ves que a esas indias, no se le pide de favor – dijo furioso su compañero.

-No me gusta la pinche violencia, mejor las soltamos -dijo una voz queda mientras encendía un cigarro, era el otro raptor.

-Pues a lo mejor a ti te sobra el dinero pero por lo menos a estas les podemos sacar unos dos mil pesos por día, ya ves que horita están proliferando los campamentos del ejército y la demanda de putas está de moda,

-Ven para acá compadrito – dijo uno de ellos mientras llevaba al que la hacia de chofer a otro lado-. Tienes razón en que no podemos forzarlas y menos en terrenos del ejercito, no me gustaría que me mandaran a la cárcel por secuestro, pero un buen lavado de cerebro por parte de dos tres putas que son de fiar sé que acabara por ablandarlas.

-¿Tú crees?

-Por supuesto que sí, no es la primera vez que tenemos viejas remilgosas, ¡no seas buey!... Aunque pensándolo bien, en caso de que no nos sirvan por estos rumbos y siguen con su escándalo pues las llevamos a la frontera, a Ciudad Hidalgo por ejemplo, allá hay buen negocio con tu compa el Chacalón ya ves que él le entra al negocio con lo que sea, es el rey de los negocios turbios de centroamérica.

Un militar salió de una puerta cubierta por alambres de púas haciéndoles señas a ambos hombres.

-¡Hora de cobrar! ¡ Qué a toda madre! -dijo el hombre de la barba negra profusa.

-Este es el mejor momento después de tanta chinga, espérate, déjame asustar a las indias... ¡ Oigan muchachas es mejor que se queden en el camión porque por aquí hay muchos animales peligrosos!, -dijo su compañero cerrando de un fuerte golpe el carro y colocando un grueso candado oxidado, dejándolas como una carga por el momento inservible.

IX

Latidos que fenecen, convicciones que quisieron ser... En dónde es posible refugiar tanta desazón si el crucifijo ya no puede sangrar más.

Cierras los ojos y escuchas la carretera que te habla, te cuenta su historia. Ella supo de Lucía, de su momento inmenso en que fue llevada a la frontera con Guatemala, de ese andar en negros lugares, tan negros que hacían palidecer la noche- Se dejó ir súbitamente como un pez entre las manos, pues hasta el grito y el suplicar la dejaron sola, los perdió en un bostezo o quizás en un insensato suspiro cuyo eco jamás volvió. Descubrió que la tierra no era sólo selva, ni bosque, que había otras formas de vivir penando.

Fue abierta, desgajada como un trozo de mandarina... vio tantos rostros que no pudo armar un sólo rasgo en su memoria. Su sexo cansado y enfurecido por la copiosa violencia empezó a llorar lagrimas pestilentes amarillo – verdosa. Su vagina gemía porque su garganta no tenía fuerza y sus ojos vivían perdidos en la imagen que se diluía más y más con el paso de las semanas ... un recuerdo se volvió idea y luego una vaga pieza de rompecabezas: Santiago.

Había entrado en las fauces de la prostitución clandestina y fue llevada de bar en bar en Ciudad Hidalgo, Chiapas, hurgada entre bullicios y alientos alcohólicos que no le decían nada. Optó por la supervivencia, por seguir la corriente de esa vorágine con tal de tener qué comer y en qué dormir. Los temores se le trenzaban con la rebeldía y la intuición, poco a poco y por los labios de otras percibió la naturaleza de este mundo de sexo y dinero.

El tiempo transcurrió construido y destruido en vértices de emociones anestesiadas, de voces petrificadas y volatilizadas, de roces que curtieron de sinsabores su piel canela.

-¡Basta ya de tanto chacoteo! ¡Es hora de desquitar la comida y las medicinas! – gritó aquel hombre, que era su padrote.

-Ya no quiero más inyecciones, -gritó Lucía aventándole un plato a la cara. Se veía diferente, un vestido tallado color negro y de provocativo escote resaltaba su sensualidad

-Ven para acá, -él la tomó con brusquedad de ambos brazos -, quién iba a decir que las indias fueran tan sabrosas.

-Vete a chingar tu madre. - Le respondió ella zafándose bruscamente para luego dejarse caer pesadamente en un amplio sofá forrado con terciopelo verde que despedía olores extraños a muchos y ningún cuerpo a la vez.

La estancia era el muestrario del mal gusto en la decoración, aparatos electrónicos yacían distribuidos sin ton ni son sobre muebles de cedro de diversas tonalidades.

-Sí, ya veo como has aprendido el negocio, hasta mal hablada te has vuelto. Pero qué tal los primeros días, ni mirarme querías y ahora hasta soberbia te has vuelto. A todas les pasa lo mismo pero luego con una madriza se les quita lo pendejas.

-No te atrevas a golpearme otra vez Chacalon – amenazó Lucía

-Depende de ti, además ya me estás hartando, creo que es hora que cambies de aires y yo tengo otros intereses. Así que agarra tus cosas que te voy a llevar a un lugar que te va a encantar.

-¿A dónde?, Mira Chacalón, no quiero ir a Guatemala otra vez.

-No es a Guatemala a donde te voy a llevar, ¡apúrate! que no te estoy preguntando! O te llevo así sin un trapo de más.

El aire caluroso se filtró en su cabello, negro y brillante. Atrás habían quedado las trenzas y los coloridos listones. El tiempo había pasado como un ventarrón y sus pensamientos se acomodaban a las vivencias que jamás pensó enfrentar en el ambiente de los bares y la prostitución más

clandestina y violenta. Hacia dos meses que Alicia había muerto en un enfrentamiento, lo que había logrado averiguar Lucía de su prima era que la habían llevado a casa de un narcotraficante y había sido víctima del fuego cruzado en un encarnizado enfrentamiento. Bajó más la ventanilla de la suburbana como queriendo respirar más aire.

-Podrías escribir un libro con tu historia Lucía, imagínate de india zapatista a prostituta de Ciudad Hidalgo, -dijo el hombre socarronamente.

-Yo no soy zapatista y tampoco prostituta, estoy secuestrada y he sido explotada por tipos como tú.

-¡Uy! ¡Uy! Mira hasta licenciada resultaste. Cuando regreses a tu paraje algún día, podrás lanzarte de presidenta municipal, ejidal o qué madres sé, pero podrás liderar tu pueblo. ¿No ha sido tan malo aprender a coger?, -ella lo miró con rabia apretando la mandíbula, ya varias veces lo había retado y arañado, pero él era más fuerte y acababa golpeándola con brutalidad. Así que con furia guardó todo su resentimiento.

El auto se detuvo en la entrada de la iglesia.

-¿Y ahora qué?, -preguntó Lucía sorprendida, esperaba ser llevada a casa de algún tipo como ocurría habitualmente.

-Baja -dijo el hombre ayudándole con la maleta.

Entraron en el recinto, su olor era el que tienen todas las iglesias al medio día, flores claudicaban en sendos jarrones y las efigies de los santos asimétricamente distribuidas extendían inútilmente sus brazos a alguien.

Un sacerdote delgado de nariz aguileña apareció rodeado de un grupo de mujeres que cargaban despensas.

-¡Juan Carlos! ¡Qué gusto verte por aquí! -El Sacerdote se despidió brevemente de las mujeres que lo rodeaban y abrazó efusivamente al hombre que apodaban Chacalón ante el asombro de Lucía que en un reclinatorio intentaba rezar. Abrumada por esa extraña amistad.

-A mí también me da mucho gusto verlo padre, ya sabe que el trabajo me tiene asoleado. Tengo un paquete urgente que le interesará.

-Pasemos a mi oficina -dijo el Sacerdote indicándole el camino, pero el Chacalón lo detuvo brevemente señalando a Lucía.

-Le traje una muchacha para que le ayude en la sacristía, por cierto que es de un pueblo por dónde ahora está usted llegando en los Altos de Chiapas, la pobre sufrió un accidente, se golpeó la cabeza muuuy fuerte y no tiene muy buena memoria; a veces dice cosas que no son ciertas pero es buena mucha, ya sabe usted lo difícil que es la vida por estos rumbos y bueno la gente se la pasa inventado historias para dar lástima y así conseguir dinero. Nadie la ha obligado a nada y le ha gustado la prostitución, ¡pobrecita es casi una niña! Pero, ¿qué cosas no se ven por estas fronteras?

Los labios delgados de aquel sacerdote de treinta y tantos años esbozaron una generosa sonrisa y se acercó a Lucía que turbada por la visión del mal y del bien conviviendo y representados en esos dos hombres no hilaba una sola oración.

-Bienvenida hija... yo soy el padre Botija ya tendremos tiempo de hablar, aquí puedes sentirte segura de todos incluso de ese bandido -dijo señalando, al Chacalón con una sonrisa discreta.

Trabajo en una misión especial y viajo constantemente a zonas en donde hay más pobreza y bueno especialmente en la zona de conflicto en los Altos de Chiapas últimamente.

-Yo soy de San Felipe --un hálito de esperanza llegó a Lucía y dejó el reclinatorio aferrándose con ambas manos a la sotana del sacerdote.

-San Felipe, claro, he estado por ahí, pero cómo ha sufrido ese pueblo, bueno ahora las cosas se han calmado un poco aparentemente. Al parecer estar de lado del gobierno les ha favorecido bastante pues cuentan con buenos servicios. Bueno, bueno, pero tú tranquila. Ya tendremos tiempo de hablar mucho, se ve que has sufrido bastante -dijo acariciándole suavemente la cabeza a la joven. Sumisa ante la investidura clerical, Lucía obedeció las órdenes. Le indicaron que se sentara en una pequeña banca frente a un grupo de ángeles desnudos que estaban siendo remodelados. En una habitación contigua los hombres departían cigarrillos y negociaban.

-Muy bien Chacalón, veo que poco a poco me vas comprendiendo la idea. -dijo el sacerdote acariciándose la ceja derecha.

-Pues con tanta lana de por medio padre quién no se va a poner abusado.

-Ya sabes que habrá mucho más si conseguimos más cargamento en buenas condiciones. La ventaja es que estamos con el gobierno, así que esto es más que seguro.

-Pues ojalá que esta guerrita no se acabe pronto porque para mi ha sido una mina de oro. Y usted padrecito, con todo respeto qué bien fajados tiene los pantalones, eso de meterse en las comunidades y con sangre fría coordinar y distribuir armas no cualquiera, ¿usted cree que el conflicto se solucione pronto?

-No te preocupes no es tan fácil, hay muchas cosas trabadas, y esto de seguir armando a más grupos paramilitares complica cada vez más las cosas; así que nosotros estamos garantizando la continuidad del negocio. Bueno, finalmente no es nuestra culpa que esto se esté complicando, ten por seguro que de no ser nosotros otros estarían haciéndolo, además los indios son tan apasionados y testarudos que no se le ve ni pies ni cabeza ya en muchos sitios no dejan que entren ni las instituciones de gobierno como salubridad... definitivamente son mil conflictos no sólo es uno y los indios son imposibles, no se puede razonar con ellos a veces siento que mi tío el obispo peca de ingenuo al meter las manos al fuego muchas veces por defenderlos.

-Eso sí son necios como animales para muestra está Lucia, a veces se pone tan terca que ni con una buena paliza cede... -su frase fue cortada por un movimiento de desaprobación del sacerdote.

-Calma, no es bueno usar la violencia con los cercanos que luego el odio acumulado se transforma en traición. Ya me encargaré yo de ganarme su confianza y bueno realmente la necesito. San Felipe es un punto clave de almacenaje y entrega de armas y tengo para ella excelentes planes, la percibo bastante lista mucho más de como me la describiste

-Pues es toda suya -dijo esbozando una amplia sonrisa-. Por cierto qué tal le fue con la pelirroja de hace un mes, estaba rebuena la cabrona.

El sacerdote carraspeó y como si no hubiese escuchado el comentario sacó de su escritorio un grueso paquete envuelto en papel manila amarillo.

-Esta completo --dijo mientras observaba cómo Chacalón lo abría ávidamente.

X

Sueños como oleajes que vienen y van, como la decisión misma de seguir o cerrar los ojos en medio del mar; es que es tan fácil, tan lábil optar por el "sí" o por el "no".

Eso soy, una perfectible indecisión en el trance o proceso de su construcción en donde lo único exacto es una tibia posibilidad... así somos y así nuestros credos y formas de amar y odiar.

Hoy sé de mí gracias a tu recuerdo, intangible, volátil que me marcó como una canción cristalina...

-¿Cómo ve padre Fernando?, la Hermana Azucena quiere ir a San Felipe-preguntó la Dra. Maricarmen mientras se recogía el cabello. Ahora todos tomábamos un receso bien merecido después de una larga jornada en el Albergue y aprovechando que la directora había ido a Tuxtla Gutiérrez.

-En estos momentos no me gusta para nada la idea, es una comunidad muy conflictiva ¿te acuerdas cuando estuvimos allí?

-Ni lo diga, fue al poco de lo de Acteal si no es por el Padre Botijanos linchan sin más ni más.

-¿Cuándo fueron a San Felipe?, -pregunté extrañada y ambos se miraron guardando silencio, comprendí entonces que me había enterado de algo confidencial.

-Hermana, usted sabe de mi trabajo en la selva, alguna vez se lo había comentado y bueno dentro de estos grupos los hay de militancia zapatista y, Maricarmen y yo nos conocimos en esas trincheras a las que muy pocos tienen acceso – dijo el Padre Fernando muy serio.

-Soy muy idealista hermana, creo que ya se ha dado cuenta y estoy del lado de quienes tienen más necesidades -agregó la médica.

-Sí, me he dado cuenta de que es del tipo de mujeres con valor

-¡Vamos! ¡Vamos!, me hace sentir una heroína- dijo la doctora

-Y lo eres Maricarmen, y sabes muy bien que eres muy respetada en.... bueno pero estábamos hablando de la ida de la hermana Azucena a San Felipe

El padre Fernando iba a revelar seguramente algún refugio zapatista, ya había aprendido a sentirme excluida de sus grandes secretos. Muy a pesar mío les daba la razón pues yo era parte activa de la iglesia y su papel era bastante oscilante ante los ojos de muchos; y bueno yo también tenía tremendos rasgos de tibieza que no me hacían una aliada ideal para confesiones de tinte bélico.

-¿Estará todavía el padre Botija por esos rumbos?, -preguntó la doctora.

-Yo creo que sí, frecuenta mucho esa zona, puedo investigar en la diócesis... ojalá que aún esté vivo, con eso que le gusta lidiar con tantos bandos y levantar tanta controversia, sonrió levantando los hombros el Padre Fernando.

-Creo que ha estado en la cárcel varias veces, es el eterno dolor de cabeza de nuestro obispo, bueno y de los zapatistas --dijo Maricarmen con un gran suspiro.

-La cárcel ha sido poco para él, pues con las altas influencias lo han soltado rápidamente y es que no hay cosa que más terror le provoque a la iglesia que la prensa se la coma viva. El Padre Botija es todo un suceso, imagínate las veces que lo han secuestrado en parajes perdidos en la selva y han estado a punto de lincharlo, si no fuera porque es sobrino del Obispo ya lo hubieran matado hace mucho.

Por su forma de expresares me fue obvio que no simpatizaba con las actividades del Padre Botija, que no me quedaron muy claras cuáles eran.

Después de escuchar pacientemente los comentarios para que me abstuviera de hacer el viaje, les ratifiqué a Maricarmen y al Padre que era mí voluntad insoslayable el de ir a la comunidad de San Felipe y buscar a la familia de Sandra para explicarle su situación. No veía ninguna complicación, pues no me inmiscuiría con los líderes de ahí.

XI

Sensaciones después del rosario falso, exorcismo cuando los llamados rebasan la vocación de negarse. Coerción como idealismo, eso pasa cuando las voces no son realmente noblemente bélicas en su esencia.

-Hay que hacer que las cosas ocurran. Dios ha dicho "ayúdate que yo te ayudaré", por eso mi preocupación es que se acaben todas esas matanzas -el sacerdote hundió el rostro entre sus manos presa de la consternación.

-¡Cómo es usted de bueno Padre!, realmente no entiendo cómo puede ser amigo del Chacalón,

-Hija mía, no te confundas, él no es mi amigo. Yo sólo cumplo con mi misión.

Acuérdate que nuestro señor Jesucristo también convivió con los pecadores. Conforme vayamos avanzando en la lectura de la Biblia verás que todo lo que hagas bajo mis instrucciones son sólo caminos diferentes para hacer el bien, el que debe de triunfar al final. ¿Tú quieres que el bien prevalezca?

-Sí y también quiero que ya no hayan persecuciones en mi tierra.

-Pues de eso se trata hija -el sacerdote partió el pan en sendos trozos mientras continuaba fortaleciendo la fe de Lucía-. Deberías de saber que en la historia de este país ha habido héroes incomprensidos que luego más tarde son reconocidos, ¿has oído hablar del cura Hidalgo?, yo no aspiro a ser tanto como él pero... en verdad quiero servir a ayudar a la causa de los más débiles, de gente como tú y de otros tantos de los Altos de Chiapas que no tienen paz a causa de los zapatistas.

La enorme cocina cubierta de azulejos lustrosos color café se encontraba iluminada por candelabros de cobre. Esa noche era la tercera en que no se contaba con luz eléctrica en la parroquia de Ciudad Hidalgo. La lluvia había hecho serios estragos y hoy, era otro día de furia ecológica.

Extrañas sombras acompañaban a Lucía y al sacerdote durante la nutrida cena.

-¿A quién voy a entregar las armas y el dinero?, -inquirió Lucía devorando las quesadillas de tortilla de maíz, recién hechas.

-Yo te lo indicaré a su tiempo, tú sólo actúa con naturalidad, te voy a llevar de regreso a tu pueblo, con tu familia, ¿no estás contenta?

-Pero, ¿les dirá que me hice una prostituta?, -bajó la cabeza hasta el nicho mismo de sus más dolorosos recuerdos.

-¡Mi pequeña Lucía!, ¿quién te metió esa tonta idea en la cabeza? A ti te obligaron, te violaron esos infelices. Tú eres una buena mujer, ¿acaso tú tomaste por tu voluntad un autobús para venir a Ciudad Hidalgo? Eres una buena mujer, te lo repito, y eso que te quede muy claro. ¿Tú crees que te hubiera yo aceptado en este recinto de pensar lo contrario?

-No -su frente pareció cobrar una ligera altivez.

-Eres una buena muchacha y, mira para que veas que Dios no te abandona, seguirás trabajando conmigo en la parroquia de allá, sí de tu San Felipe, ¿qué te parece?, -se acercó a ella y le tomó delicadamente el mentón hasta tener su mirada-. Estás confundida, el sufrimiento aturde y necesitas mucho pero mucho amor.

-Nadie me va a querer como mujer en mi pueblo.

-Pues qué tontos serán si no hay alguien que aprecie a una mujer tan valiente que va a apoyar a la iglesia en su misión de acabar con el derramamiento de sangre -las manos delgadas y níveas del sacerdote se deslizaron por el cuello de Lucía hasta llegar a sus hombros; una pausa. La respiración de Lucía se tomó agitada.

-Ten calma Lucía, todo está bien, déjate ir, piensa en los brazos de Dios. Mira, él es como un sople - al decir esto sonrió levemente, sus manos temblorosas se deslizaron sedientas sobre la espalda de Lucía, ella dibujó una interrogante en su frente.

-¿Esta bien esto? - alcanzó a preguntar sofocadamente la joven, y él adivinando la tremenda confusión que este acercamiento le suscitaba selló los labios de la joven con un signo trazado por sus dedos.

Apagó las velas del candelabro que los iluminaba directamente. Intentó Lucía una trémula resistencia y él la venció con palabras extrañas

que nunca ella imaginó escuchar de un sacerdote. Su mundo giró convulsivamente otra vez. ¿De qué se trataba este encuentro?

Sus dudas fueron maquillándose y conteniéndose en el confort que le dio el encuentro del afecto después de haber penado entre las más fieras humillaciones. Por fin querida y cobijada.

En un cuerpo encontró una fe nueva, una santidad permisible de placer y jadeos que la cimbraron con todo y su voluntad.

Sus deseos de vivir renacieron y se volcaron cada día más y más hacia ese hombre. Santidad reencontrada y no explicada, el goce enmudeció a las razones y lógicas.

El corazón se le apretó a la conciencia y pudo lidiar místicamente con el sacerdote y el amante ahogando brutalmente sus más acérrimas interrogantes. Incubó la fantasía velada de que un día de estos él quizás podría dejar su ministerio y casarse con ella. Y todo estaría en perfecto orden ante los ojos de Dios y del mundo; pero mientras ese día llegaba ella sería su incondicional compañera en esta lucha en contra de los zapatistas y en todas las demás luchas que él le propusiera.

XII

Si tan sólo hubiese tenido la oportunidad de escoger los encuentros, ahora es demasiado tarde incluso para este lamento, ya no creo en el destino. Sospecho de augurios más rancios que ese.

La carretera estaba casi desértica, el aroma de los cipreses hacían del recorrido algo delicioso, creo que yo también buscaba algo para mí con esta salida. Tocar algo de lo prohibido, el vértigo aunque sea geográfico de esas anécdotas de andanzas en las zonas más conflictivas de Los Altos de Chiapas, breves piezas de un rompecabezas que solía confiarme Maricarmen en alguna velada. Y que ahora imaginaba con todos mis sentidos.

A cambio yo le hablaba a ella de mis dudas sobre la vida monástica y el ruido que me había provocado los escándalos en Roma y África sobre religiosas que eran obligadas a abortar después de la violación de sacerdotes.

En un punto de la carretera el auto que pertenecía al obispado dobló a una vereda de terracería por donde brotaban borregos gordos y chillones en colores negro y café; las ventajas de haber trabajado con el obispo era contar con algunos favores mundanos como esta comodidad de magnates de viajar con chofer en un comodísima camioneta, y bueno, también me la habían dado porque llevaba paquetes para el padre Botija que le enviaba su tío el obispo.

-¿Y qué va a hacer en San Felipe?, -me preguntó el comunicativo chofer que la hacía de sacristán, además de ser el ocasional chalán del obispo, y vaya si era parlanchín pues en el trayecto de casi una hora me actualizó de los últimos rumores que circulaban sobre si el obispo; de que si era o no un conducto para la dotación de recursos económicos para los grupos paramilitares de la región. Y bueno también supe sobre los discretos dolores de cabeza que le daba el padre Botija a su tío.

-Voy a visitar una familia – dije cortantemente pero tratando de fingir amabilidad, ya sabía que mi acompañante gustaba de enterarse de todo y más aún se especializaba en comunicarlo a diestra y siniestra, por algo se contaba de él, que ciertos medios de comunicación lo habían utilizado astutamente para lograr impactantes rotativos amarillistas sobre el obispo y sus actividades extraepiscopales.

-Yo conozco al presidente municipal de San Felipe, es un hombre muy rico por cierto, ha hecho importantes donativos a la iglesia, le puedo asegurar que es uno de los pocos presidentes municipales, que ha considerado de altísima prioridad la evangelización... aunque algunos de sus métodos no han sido muy transparentes -dijo frunciendo la frente, Guillermino esperando mi reacción. Sabía dar a sus palabras una entonación e intencionalidad que atrapaba a su interlocutor aunque se encontrara tan alerta como yo estaba de él.

-¿A qué te refieres con “métodos no transparentes”?- le pregunté

-La verdad me da pena con usted porque no quiero que piense que soy un chismoso, pero, estamos en confianza y además creo que sea lo que sea que va a hacer en San Felipe le conviene saber que varios indios lo han acusado de autor intelectual de asesinatos de protestantes y no uno o dos sino de familias enteras, incluso de quemarles sus casas como si fuera terrorismo ¿ha visto los reportes televisivos de la ETA en España? Pues peor, aunque es difícil para el obispo tomar una decisión ya que las dádivas son generosas – dijo casi de un hilo sin detenerse a tomar aliento.

-¿Pero alguien ha presentado pruebas?

-Sí, yo mismo he visto de algunas que le han llevado al obispo, claro, ha coincidido que yo anduviera por ahí, como a mí para todo me jalaron por servicial y es que hombres de confianza en estos tiempos ya no se hallan tan fácil.

-Sí me imagino lo difícil que ha de ser, pero por suerte contamos con usted-dije instintivamente aunque luego me arrepentí.

-La última vez que vine con el obispo fue al otro día de la fiesta de San Felipe, estaba todo como para llorar, justo cuando la celebración estaba en su punto, me parece que fue como a eso de las doce de la

noche o una de la mañana pues que irrumpen los protestantes y hubo una matanza horrible.

-Supe de eso pero me parece que no se contaba con elementos de juicio para asegurar que habían sido ellos, es más se presuponía que había sido un grupo de armados del ejército - dije resueltamente en vista que él daba como una realidad algo de lo que todavía se especulaba.

-Mire Madre, una cosa es lo que se difunde a la luz pública y otra la realidad, yo escuché claramente al Presidente Municipal cuando le dijo al obispo que había identificado entre los agresores a dos fulanos de apellido Méndez Ortiz, hermanos de unos evangélicos que ya se encontraban rindiendo cuentas a la Virgen María, que si en vida no lo habían querido hacer por la buena pues; usted se imaginaría de que hablaba.

-No, no me lo imagino - dije tratando de no pensar en cuestiones tan difíciles que sí me provocaban molestos accesos de cuestionamiento hacia mis autoridades religiosas.

-Allá está, ahí tiene madre- a su San Felipe -dijo señalándome una peligrosa bajada que desembocaba en una comunidad de geografía agreste y en donde al azar se habían colocado casas de madera y concreto pintadas de blanco y forradas en su mayoría por propaganda lustrosa del partido oficial que entorpecían el cuadro pintoresco.

-Pues vamos ¿qué espera Guillermino? -pregunté desconcertada por la forma en que había frenado.

-Lo que sucede madre es que el coche no baja hasta allá, tendremos que pedir una carreta, ya el mes que viene podremos pasar tranquilamente en una carretera digna.

-¿Y cómo sabes?

-Pues porque ya el gobernador lo prometió y así como un día les prometió agua Y cumplió, prometió luz y cumplió, así ya para el mes que viene les ha prometido una carretera y el mismísimo Presidente de la República vendrá a inaugurarla.

-Bueno pues consigamos la dichosa carreta ¿supongo que tú que has traído al Obispo sabrás cómo conseguirla? -dije después de haber escuchado el breviarío político, del momento.

-Claro que sí, ¿por qué cree que me mandaron con usted? Dijo mientras saltaba del carro y con gran familiaridad se dirigía a unos hombres que nos habían estado observando con curiosidad.

Después de un venturoso descenso me dirigí a la casa de la familia de Sandra, doña Cata era conocidísima y su esposo Antonio Chamé igual, bueno como suele ocurrir en los pueblos pequeños. Me costó un gran trabajo despegarme de mi acompañante, ya que su curiosidad infantil lo traicionaba hasta volverlo un tipo realmente insoportable aún para mi piadosa situación.

Crucé el umbral de la pequeña casa, una mujer de rostro inexpresivo de gruesa falda de lana y blusa bordada con motivos que se repetían entre los demás habitantes de esa casa me recibió amablemente, era Cata y el momento más difícil llegó, hablar de la innominada, de la que había osado romper el lazo familiar por un amor, y más aún que opacaba enormemente el relato Shakesperiano de "Romeo y Julieta!", ella había abofeteado el precepto religioso de todo un pueblo.

La única ventaja que me salvaguardaba de no ser una víctima de las atrocidades que me había revelado Guillermino era mi investidura de Religiosa, si mi posición hubiese sido la de una trabajadora social, un médico o cualquier otro personaje pero civil, seguramente me encontraría en la lista del inquisidor, don Jaime Santis el venerado presidente municipal.

Otras dos mujeres jóvenes rodeaban a Cata envueltas por un extraño silencio, en el aire se respiraba un misterioso suceso, estaba denso, cargado del eco de esas miradas que apretaban contra sí una historia nada grata.

-Buenos días Madre, ¿qué se le ofrece? -preguntó en un perfecto español Cata, mientras que con una agilidad insospechada por su notoria masa corporal me acercó una silla infantil de madera.

-Buenos días doña Cata, soy la Hermana Azucena y vengo del Albergue Femenino "Santa María" y... -los ojos de aquellas tres mujeres se abrieron desmesuradamente no así sus labios por lo que continué un poco más nerviosa-. Voy a ser muy concreta doña Cata, se trata de su hija Sandra.

-¿Qué pasa con Sandra? -dijo un hombre que con su cuerpo opacó la entrada del sol en la humilde casa-, ¿quién es usted?

-Soy la Hermana Azucena.

-Es una religiosa que sabe dónde está Sandra, la tienen en un albergue-apresuró a decir Cata.

-¿Usted tiene a Sandra? ¿Y por qué no nos lo habían comunicado? - dijo parcamente aquel hombre inundando la estancia con su olor a posh y mostrando sus dientes amarillentos en donde restos de mazorca se confundían con las piezas óseas.

-Sandra está resguardada en nuestro albergue católico porque no tenía a donde ir y dado su estado de embarazo avanzado, le dimos toda la atención y justamente el día de ayer, 25 de abril, día de San Marcos tuvo un precioso bebé y ella quiere saber si la aceptarían aquí de nuevo -dije todo esto de una sola vez.

Doña Cata miró la efigie férrea de su esposo, él era el de las decisiones; así había sido y sería para siempre porque él era el hombre. Un silencio incómodo abrazó el lugar, el rostro de aquel ser extremadamente serio -o disgustado- me decía que bien podía largarme a la de ya, aunque si bien yo era una monja mi importancia era ínfima en comparación de la imagen de sus santos y todos sus ritos con los consabidos valiosos simbolismos de velas, listones y las botellas de aguardiente casero y otras tantas de refrescos de cola. El silencio fue roto por un tímido susurro:

-¿Qué dices Pedro? Yo sí quiero devuelta mi hija y mí nieto, ni los animales abandonan a sus hijos haga lo que hagan - dijo Cata sin parpadear al dirigirse a su esposo. El tono de su voz se elevó gradualmente, le recordó la penosa situación de la Petrona, hermana de él que hacía dos semanas igual le habían descubierto su embarazo; y de cómo doña Felipa, la madre de él, había mandado a la chingada a sus hijos que querían darle una paliza a su hermanita y los amenazó con el machete si alguien le tocaba un pelo.

-Yo iré por ella Hermana --me dijo secamente y sin mirarme; salió de la casa sin darme la oportunidad de ver en su semblante nada más.

-¿No quiere algo de tomar Hermana?, -dijo Cata mientras con su mirada ordenaba a sus acompañantes prepararme algo en el área en

donde se encontraba un enorme fogón, dando por concluida con su actitud cualquier comentario en relación con el regreso de la "hija pródiga".

-Sí, gracias -dije aún algo tensa y desconcertada por lo fácil que había resultado todo-. ¿Y estas muchachas?, -pregunté intentando retomar mi postura de religiosa, señalando a una jovencitas semiocultas.

-Son mis otras hijas. .. Madre ¿puedo hablar con usted a solas? -dijo bruscamente Cata tomándome del brazo y llevándome sin más acotación fuera de la casa. Sentí la fuerza de aquella mujer acostumbrada a las labores agrícolas lo cual me estremeció por mi propia debilidad corporal y se suponía que yo era mucho más joven que ella. Caminamos un largo tramo.

-Diga Cata ¿Hay algo en que pueda ayudarla?, -pregunté al mismo tiempo que descubría en aquellos ojos y rostro por primera vez una expresión de angustia y desazón.

-Mi hija Lucía regresó hace un mes, estuvo desaparecida muchos meses, y ahora esto, no lo sabe más que la partera y yo, ella está embarazada. No sabemos quién es el padre ni ella hace esfuerzo alguno por revelarlo, seguramente esos malditos la violaron -tomó aire como para tragarse el agravio-. ¿Podría usted refugiarla en su albergue hasta que nazca el bebé? El padre Botija ha sido como un ángel, él la rescató de unos hombres de mal que la tenían secuestrada en la frontera con Guatemala y la tiene casi todo el tiempo apoyándolo en las labores de la parroquia. Ella lo acompaña junto con las religiosas que vienen a veces de otros lados a las comunidades zapatistas, pero nosotros no queremos que ella siga aquí.

-Bueno a mí me parece que es excelente que ella se haya acercado a la iglesia y que además esté ayudando a otros bajo la protección del padre Botija, no creo que ella necesite la ayuda espiritual del albergue además aquí está más cerca de usted y de sus familiares, allá va a convivir con extrañas en un lugar lejano . Pero ¿no cree que habría que preguntarle a ella qué opina de esto? Por mi no hay ningún problema -dije mirando al cielo, salía una y otra historia más entraba al albergue.

-Hablaré con ella, ¿podría llevársela hoy mismo Madre?, no es un secreto para nadie que hemos estado siendo atacados por los rebeldes y temo que un zapatista que tuvo que ver con mi hija, que no sé si es el

padre de este niño quiera llevársela o que algunos otros quieran vengarse matándola pues hay muchos rumores sobre su embarazo. Hay quienes hablan de un tal comandante Santiago que es un importante zapatista, y ya ve usted que la venganza es la venganza, y otros han llegado a rumorar que es hijo, usted perdone que lo diga, del padre Botija. Yo no lo creo, el padrecito es tan bueno. A muchos de por aquí no les simpatizan los encapuchados y tengo miedo por Lucía y por mis otras hijas. Tengo miedo, la gente habla mucho, incluso piensan que por ella puede haber otro ataque como los que ya hemos tenido. La cabeza me duele desde que esta niña regresó.

- Me la puedo llevar siempre y cuando vaya voluntariamente ¿cómo se llama su hija?

-Lucia, ya se iba a casar cuando lo de la desaparición. Ahora esta difícil. Es mal vista aunque trabaje en la iglesia. Bueno, tome un poco de atole agrio Hermana mientras hablo con mí muchacha -dijo mientras se dirigía de regreso a su casa.

Cata se encerró con su hija y las escuché vociferar algo en lengua chol, decid! esperar afuera. El paisaje era soberbiamente hermoso y tranquilo, parecía increíble que pudiesen escribirse tantas historias de odio. ¡Qué delicioso!, y con perdón de los ecologistas, era el olor de la madera humeante: un bálsamo que emanaba de las casas, un himno vaporizado por la bendición culinaria de estas mujeres de rostro recio desde la temprana adultez. Parecía que la sonrisa no tuvo lugar o huyó en algún momento, en algún trance, entre el parir de cuclillas numerosas veces y cargar tercios de leña sin replicar. Cerré los ojos y me perdí en los aromas de la naturaleza.

-¡Hermana Azucena vámonos pronto!, -vociferó Guillermino más blanco que una hoja de papel y agitando sus manos como si se ahogara en el mar.

-Tengo que esperar a una muchacha que... -intenté replicarle con calma.

-¡No hay tiempo me acaba de hablar por radio el padre Fernando! --tosió dándome oportunidad de volver a replicar.

-Pues dígame al padre Fernando que ya vamos sólo voy a... -su mirada me enmudeció: terror y sudor le desfiguraban el rostro.

¡Nos van a matar Hermana! ¡Vienen a arrasarse el pueblo! gritó tomándome del brazo, como religiosa nadie me trataba a empujones, todo era respeto y solemnidad.

-¿De qué hablas?, -repuse intentando resistir inútilmente. Un frío me ablandó los músculos cual toxina venenosa, pero Guillermino ya no hablaba, despavorido con una fuerza impensable para su tercermundista constitución me arrastraba mientras su respiración se transformaba en un jadeo sonoro.

-¡Madre, mi hija! -un grito despavorido cruzó el valle hasta mi corazón. Voltee pese a la negativa de Guillermino de hacerlo. Me sentí como la esposa de Lot huyendo de Sodoma y Gomorra. Ahí venían corriendo Cata con su hija y recurriendo a todas mis fuerzas, me solté del pobre Guillermino que rodó varias vueltas sobre el lodazal al perder mi contrapeso.

Un alarido grave arañó el cielo, vi a Cata detenerse en un rictus de horror y sorpresa para luego, caer pesadamente mientras su hija corría despavorida hacía mí, gritando y llorando. Sentí como si una serpiente se enroscaba en mi tobillo izquierdo y fui arrojada a un frondoso matorral cercado por un charco de lodo de casi metro y medio de diámetro. Sin darme tiempo a reaccionar el peso de Lucía me cubrió de un golpe.

-¡Silencio Hermana!- Me susurro Guillermino quien se embarraba del fango a mi lado, había regresado por mí-. Enlédese hermana porque si estos nos descubren nos matan.

-¿Quiénes?, -dije mientras una tormenta de disparos, gritos, llantos, maldiciones sobresaturaban lo que antes había conocido como un grato paisaje, cuerpos caían pesadamente y desde ahí observamos como una horda de armados se precipitaron sobre el templo sacando a cachazos a los pobres feligreses que habían tenido el infortunio de ir a buscar la paz de Dios en esos momentos. Los formaron en una hilera, hombres, mujeres y niños como veinte indígenas en total, todos hincados y con las manos cruzadas sobre la cabeza, los insultaron, escupieron y ante mis ojos fueron vilmente sacrificados.

-¡El padre no! -gimió Lucía quien hizo un infructuoso intento por levantarse.

Guillermino la sujetó del cabello con firmeza.

-Te van a matar condenada chamaca.- Guillermino temblaba-, nada podemos hacer Hermana, están embravecidos.

Ante nuestros ojos desorbitados un grupo de hombres arrancaba prácticamente de la Iglesia a un sacerdote.

-¡El padre Botija! - exclamó Guillermino.

Quienes parecían los líderes del grupo lo desnudaron y clavaron de pies y manos, entre gritos victoriosos y maldiciones, a algo que quería semejar una cruz y sin más le rociaron gasolina y lo golpearon delirantemente. Solo querían torturarlo pues no le prendieron fuego. Lucía se había aferrado a mí con fuerza, hasta ahora sentía cómo sus uñas me lastimaban el dorso, su cabeza estaba agachada pero sufría como si estuviese contemplándolo todo. La abracé, mi nariz penetró su cabello suelto, negro como una noche, olor a ciprés y canela. Lloré con ella ese salvajismo.

-Esto no es nuevo -Guillermino tiritaba palabras a mi oído, creo que a través de esa manera intentaba calmarse, pero yo podría jurar que había caído en una psicosis, deliraba datos y flechas-, desde 1996, año en que surgió el grupo armado 'Paz y Justicia' en la zona baja del municipio de Tila entre una creciente militarización y numerosas emboscadas y ataques de este grupo contra catequistas de la diócesis, los atropellos se repiten más y más, en ese entonces como 24 templos fueron cerrados, algunos destruidos completamente, y casi 60 indígenas de la etnia chol fallecieron en las llamas de la intolerancia política.

Nuestros ojos cayeron, se clavaron en el suelo, la tierra misma era más pura que cualquier materia sobre este orbe de desolación.

-Parece que ya se van -dije entrecortadamente, mi piel también temblaba sin control, los tres lo hacíamos como un mismo cuerpo, pero en realidad hacia horas que se habían ido y yo yacía en una ambulancia, su sirena era un lamento que no me decía nada y ahuyentaba mis oraciones... no podía hilar ninguna.

XIII

Nadie desea este encuentro... por Dios que nadie lo busca

La doctora se agarraba la frente con tanta frecuencia como un tic nervioso podía ser. A su lado con los ojos devorando una pequeña hoja celeste, el padre Fernando.

-¿Esta confirmado?--- dijo mirando severamente a Maricarmen.

-Sí, no debí hacerlo sin el consentimiento de ella - se mordió los labios.

-Tú sabes que estás cometiendo una violación terrible a sus derechos

-Lo sé -no pudo sostenerle la mirada-. Pero no lo sabe nadie, ni siquiera la Directora.

-Vamos a hablar con Lucía, hacer las cosas bien, ¿quién la habrá metido en esto?

-El padre Botija -susurró la doctora clavándole la mirada al sacerdote que la miraba sorprendido

-¡Bromeas! - su rostro se descompuso en un rictus de dolorosa incredulidad.

-Nunca usaron condón, él la tuvo como su...

-¡Basta!, no uses esto para justificar tu ateísmo.

-Te juro que no es esa mi intención, ella me lo contó y... tú tienes que hablar con su tío para que lo ayuden, el atentado lo dejó muy débil y si él lo tiene también hay que hacer algo, darle medicamentos.

Cabizbajo el sacerdote se alejó de Maricarmen, sumido en una vorágine de pensamientos y latidos asincrónicos, recorrió los jardines del albergue. Maricarmen podía visualizar la contradicción en su espíritu.

XIV

Como la cera de un eterno cirio, así me llueven las horas de este día de dudas

Homilía de Domingo. Silencio de fieles clamando perdón.

Inyección de culpas que pretenden ser eructadas con taladrantes golpes de pecho. El obispo bordado de insignias era seguido por más de trescientos coletos madrugadores. Proliferaban mujeres de escasa estatura vestidas con estoica seriedad y casi uniformadas de peinado relamido con una raya perfectamente simétrica.

El padre Fernando apoyaba cada etapa del ritual de la misa, sus movimientos infalibles en el rito eran producto de largos años de hacerlo. Como un rey en su trono el obispo permanecía por momentos como una flamante estatua irradiando su mirada sobre sus feligreses.

En las peticiones se citó una por la pronta recuperación del Padre Botija y el templo se cimbró: Amén.

Concluido el acto litúrgico el Obispo se retiró a una estancia de amplios sillones, a pocos pasos lo seguía el Padre Fernando.

-¿Qué sucede padre?, -el obispo le hizo una seña para que se acercara.

-Es por lo que le comenté ayer - se sentó a su lado con reverencia.

-No insista con esos rumores, mí sobrino sería incapaz de contraer el SIDA él es un sacerdote, ¿lo ha olvidado?

-Lo sé pero no sería el primero en violar el celibato.

-El no -se agarró la frente con violencia, ¿la indígena lo sabe?, ¿sabe que tiene SIDA?

-No

-Que no se entere, podría filtrarse esa información y no tiene ningún sentido informarle, no podría entender de qué se trata, esa gente es tan tapada del cerebro y, bueno, lo del embarazo se explica por la prostitución. Pobre mujer. Pero finalmente tendrá que regresar a su comunidad y ya morirá de cualquier cosa.

-No creo señor Obispo que...

-Ha sido suficiente por hoy Padre Fernando, ocúpese del albergue yo me ocuparé del padre Botija, ahora mismo voy al hospital para ver su estado -se acercó tomándolo de ambos hombros -le aseguro que no está infectado de SIDA, ni la india tampoco, ¿no es verdad?- se dio la vuelta sin esperar respuesta y salió de la estancia dejando al sacerdote con las venas del cuello tensadas como cuerdas de un arco.

XV

¿Qué es el destino? Yo he jurado con mi sangre que es ese delicioso contrapeso que nos yergue el espíritu y da la cuadratura exacta a nuestra autoprofecia... no es necesario buscarlo él llega, como una impropia caricia en la penumbra de una hora prohibida y nos salva de cualquier tibio paso, no importa cuan aferrados nos sintamos... Él es capaz de pulverizar los falsos mitos que sobre nuestra vida hemos creado... y luego por fin podemos respirar y fluir

Un día soleado, Lucía y Sandra habían tenido una convivencia de casi tres semanas bastante conmovedora. Lloraron a su madre y las dejamos intimar sus sentires. Ya habría tiempo de integrar a Lucía en las actividades del Albergue así como de despedir a Sandra.

-Qué bonito está tu bebé, se parece al Pedro -dijo Lucía sonriendo.

-Casi siempre se parecen a los papás los varoncitos.

-¿Tu crees? -preguntó Lucía preocupada.

-Si, el tuyo se va a parecer a su papá. Lucía, ¿no me vas a decir quién es?, ¿acaso no me tienes confianza? -Sandra abrazó a su hermana mientras que intentaba perder la mirada por el amplio ventanal.

-No puedo decírtelo, a nadie puedo decírselo, no quiero que lo maten. Además puede ser una niña y parecerse a mí.

-No lo creo tienes cara de que va a ser un niño, además la forma de tu barriga es como la mía, sí definitivamente va a ser un niño.

-Pues de todas maneras no puedo decir nada.

-Mira Lucía, tú sabes mi vida y lo que pasé. Nadie me ha tratado y consolado tan bien como la hermana Azucena, la doctora y el padre Fernando. Puedes confiar en ellos. Háblale en confesión al padre Fernando, confía en él.

El imán entre ambas fue roto por la presencia súbita un día a las dos de la tarde de Pedro, del padre de ambas ,ahora viudo y con muchos kilos de menos y con una gran cicatriz en el mentón.

El acudió por Sandra, se llevó a su hija y su nieto. Su rostro estaba más blando, dejó entrever alguna sonrisa cuando le pedía que cargara al bebé un momento y se disculpó espontáneamente por su actitud en mi primer contacto con él. Partió sin más, sabía que ahora más que nunca necesitaba a Sandra para suplir las labores que hacía su difunta esposa. Además habían otros niños que criar Una mano en mi hombro interrumpió mis pensamientos, era la hermana Alfonsina que me indicaba la hora del rosario, seguiría entonces rezando.

Al día siguiente la cotidianidad del trabajo me atrapo y con el apoyo del padre Fernando y sobre todo de la doctora Maricarmen fui tomando confianza en el arte de la consejería y acompañamiento específicos para esas mujercitas asustadas y es que la mayoría era menor de edad, muchas ni siquiera habían visto su regla; la vena aquella biologicista se despertaba de nuevo en mi.

No podía evitar el reparar e intrigarme en las continuas ausencias del padre Fernando. Y algunas de ellas de largo tiempo. Luego volvía con la sonrisa amplia y el rostro tostado. Me llamaba la atención la afinidad de temas que tenía para platicar con la doctora. A veces me limitaba a ser una espectadora confiable, pues ellos conocían tanta gente en común, gente muy aguerrida por cierto.

A veces le preguntaba al padre Fernando en dónde había estado ya que la directora tampoco lo sabía a ciencia cierta, y él me respondía divertido:

-¿Se olvida hermana que yo soy Marcos?, no puedo abandonar mi ejército, tanto tiempo.

-Si claro-le respondía un poco recelosa de que la doctora sí pudiera tener esa información y yo no.

-Tal vez un día ya no regrese, de antemano le pido que siga con su labor, usted tiene madera, sólo le falta crecer.

-¿A qué se refiere cuando dice tal vez un día?- le preguntaba con cierta intranquilidad.

-Los designios del Señor, ya sabe que nosotros sólo somos sus siervos.

-Bueno, por lo menos confío en que se despida de mí.

-Claro, se lo prometo.

XVI

No respeta religión, sexo, edad, condición social, preferencia sexual, militancia política.

-Hemos estabilizado las fracturas de las costillas y bueno la hemorragia ha cesado- dijo el director del hospital mirando seriamente al obispo desde sus gruesos lentes.

La amplia oficina estaba desierta y un silencio sepulcral seguía a cada palabra del médico.

-Entonces podré llevármelo a casa muy pronto -repuso el sacerdote

-No es todo... ahora el está bastante delicado y nos ha autorizado para comunicarle a usted los resultados de un estudio.

-¿De qué habla? -el obispo empuñó ambas manos

-Mire, él lo ha tomado con bastante serenidad pero va a necesitar mucho apoyo, no voy a andar con rodeos, se le detectó VIH a su sobrino.

Inmediatamente el religioso se paró de su asiento y como si se hablara a sí mismo dio algunos pasos en la estancia.

-Esto no puede saberse, tengo que hablar con él.

-Sí, entiendo, pero quiero decirle que este tipo de diagnóstico es manejado con suma confidencialidad.

-No puede garantizármelo doctor, cualquier químico, enfermera, médico, cualquier trabajador de este hospital Puede filtrar la información; ¡Corno si yo no conociera a estos coletos! Para algunas cosas son tan devotos y asiduos a la comunión pero para otras, ¡ni Pensarlo!, ¿Se imagina en los titulares?: Sobrino de obispo con SIDA. Nadie va a pararse a mi iglesia, van a pensar que incluso yo soy homosexual -volvió a desplomarse sobre la silla Y en su rostro era notoria la desesperación.

-Mire, somos un hospital serio de salubridad y jamás...

-¡No diga jamás!, que usted y yo sabemos de varias personas de las que se rumora en esta ciudad que tienen SIDA, son secretos a voces que no surgieron del aire. Doctor dígame, ¿hay algún lugar fuera de aquí en donde yo pueda llevar a mi sobrino?, ¿un centro en donde el pueda refugiarse con toda seguridad?, -el clérigo estaba alterado, la comisura izquierda de su labio le temblaba.

-Con todo respeto creo que el Padre Botija no necesita ser recluido como un delincuente. Y bueno, antes de tomar una decisión es conveniente que sepamos qué es lo que él desea para su vida – Mire, me gustaría que me diera la oportunidad de explicarle cuál es el significado de tener VIH/SIDA

-Le agradezco su intención doctor, créame que tengo perfectamente claro lo que significa. Gracias por su apoyo, voy a hablar con mi sobrino – nerviosamente se despidió del médico y al salir de la oficina se limpió el sudor que le bañaba la frente.

XVII

Este anochecer es diferente, el cielo se está poniendo de luto

El Padre Fernando no cumplió su promesa de despedirse.

Un jueves a las cinco de la tarde en reunión con el obispo, aún compungido y víctima del asedio de investigadores, organizaciones no gubernamentales y la prensa por el brutal ataque a su sobrino, nos informó al final en los asuntos generales que el padre Fernando había sido reasignado. Así, a secas y continuó con otros puntos del orden del día. Quedé perdida en una contradicción de sensaciones pesadas, ya no pude oír más. Desde hacía unos días atrás su presencia en el albergue se había vuelto menos frecuente y lo notaba extremadamente reservado. Incluso percibí el alejamiento con Maricarmen.

Al día siguiente de la información del Obispo acudí a Maricarmen con mil preguntas, ella me abrazó intensamente. Pero ni todo su calor maternal y besos tiernos en mi frente me saciaron, ella callo.

-Hay cosas de las que no se pueden hablar aquí y ahora. Él te envía muchos saludos y si no se despidió es porque no se ha ido. Prometo darte noticias frescas de él más adelante. Por el momento no debes preguntar insistentemente por él, políticamente no es bien visto por la iglesia y no es conveniente que te asocien a él. Ya tendremos tiempo de hablar. Ahora vamos a ver a nuestras gorditas.

-Es tan extraño todo esto. Pero lo más importante es que él esté bien – dije ensayando una resignación momentánea

-Mejor que nunca, haciendo su lucha que es la lucha de muchos.

XVIII

Esta caricia es engañosa, huye de ella o guardarás en tu piel el salitre de un duelo. Sentirte libre de riesgo puede ser el mayor riesgo.

En el último cuarto del piso de medicina interna del Hospital General de San Cristóbal permanecía con la mirada clavada en un lejano punto el padre Botija.

-¿Cómo pudiste hacerme esto?- increpó el obispo mientras caminaba de un extremo a otro del cuarto.

-¿A ti?, yo soy quien está infectado.

-Pero no eres tú solo, eres un sacerdote ¡y para colmo mi sobrino!

-Claro, ahora te avergüenzas de mí, como si no te hubiese apoyado en todo lo que me has pedido para fortalecer tu obispado.

-¡No seas insolente!

-Mira, no vamos a discutir, no sé porqué te complicas la vida; fui víctima de un enfrentamiento. En algunos días, no sé cuantos, saldré de aquí y mi vida seguirá igual de normal.

-A mí no me engañas, ¿tú ya sabías que estabas infectado, verdad? Claro eso es, sólo así se explica tu tranquilidad. ¿Qué podía esperarse de alguien que ha sido aprehendido tantas veces y lidia con traficantes de prostitutas? ¡Eres una vergüenza!, qué bueno que mi santa hermana no vive para ver la clase de ser que parió. ¡Pero esto se acabó!

-¿Qué quieres decir?

-He tolerado demasiadas cosas de ti, no quería creer todo lo que se rumora de tu vida licenciosa. Pero, ahora ¡lo creo y no volverás a las comunidades!

-No puedes hacerme eso tío -suplicó afligido

-Ni siquiera volverás a pisar Chiapas, ya averigüé de un lugar en el Distrito Federal, en el Ajusco en donde pueden recibirte. Esas tus infecciones de tos desde hace un año, no eran tan simples, eran

neumonías por pneumocistis. Una neumonía que le da a las personas con VIH.

-Estoy controlado, haciendo todo lo que se me indica. En Tapachula una asociación civil que se llama "Una Mano Amiga" me ha conseguido medicamentos y estoy cuidándome en todo y cuidando de no dañar a nadie.

-Sí sobre todo te has visto muy samaritano infectando indígenas- la voz del obispo se corto bruscamente

-¿De qué hablas?- sus ojos se abrieron desmesuradamente

-De nada en especial, lo digo por tu vida promiscua e indigna. No se hable más, el traslado será en dos días.

-¿Hablas de Lucía Santis?

-¿Quién es ella? - fingió el obispo arrugando la frente.

-La muchacha que me apoyaba en la parroquia y que me traje de Ciudad Hidalgo.

-¡Ah!, sí; pobre jovencita... ella murió con su madre en el enfrentamiento –mintió tajantemente

-¿Por qué me lo habías ocultado? - dijo sumamente turbado.

-¿Ocultado? ¿Qué interés podría yo tener en que no supieras de su muerte?, además lo grave de tu estado me ha preocupado más que comunicarte quiénes fallecen en los enfrentamientos de los Altos de Chiapas.

.
El padre Botija no dijo una sola palabra más, se sumió en un mar de pensamientos, le flaquearon las fuerzas de la voluntad y dejó que su tío decidiera en qué lugar continuaría su vida. Sintió un gran dolor, por primera vez su alma se compungió en el pesar de imaginar que no había protegido a Lucía. La había traicionado.

XIX

Lejos de Dios a veces se antoja vivir cuando él está atrapado entre muros de hiel...

Solo así se explica su tardanza a tantos ruegos que muerden los labios y ciegan los parpados.

Es mejor solo rezar por él y su cárcel... ojalà viniera algún día a estas tierras que no cesan de llamarlo.

La directora salió de la sala de reuniones con una seriedad que le descomponía el rostro, ya conocía esa fascies y seguramente tenía problemas serios.

-Hermana tiene una llamada por teléfono, la doctora Maricarmen se quiere despedir de usted sea breve por favor y la espero en mi oficina tenemos que reorganizar el trabajo, -dijo lanzando al final un resoplido señal de que era punto final y que no debía en ese momento preguntar nada más, ella se dirigió a su oficina lanzando otro tanto de carraspeos señal más que contundente de que tenía graves problemas y estaba molesta. Tomé la bocina y el mundo que hasta entonces concebía semiordenado empezó su vertiginosa anarquía.

-¿No está ella ahí?- Preguntó la doctora con la voz inusualmente queda para su personalidad avasalladora.

-¿Quién?- interrogué sorprendida

-La directora- susurró Maricarmen en la bocina

.ya salió. Sí se fue a su oficina, ¿qué sucede?

-Me voy --alcancé a escucharla antes de que rompiera en sollozos.

-¿Te sucede algo?

-Me voy, escucha Azucena, escribí un libro sobre algunas historias que me contaron las mujeres del albergue, y la iglesia no sale muy bien librada, y he estado recibiendo amenazas pero hoy fue demasiado. No puedo permanecer otro día en esta ciudad. En mi casa quedaron algunos

documentos comprometedores para Lucía ya no logré sacarlos te voy a mandar con alguien la llave de mi casa para que los destruyas no quiero que nadie vaya a tomar represalias contra ella. Escribí cosas de su vida, pero que involucran duramente al Padre Botija. Me tengo que ir. Pero estaré cerca, y quizás tenga manera de comunicarme contigo. Cuídate mucho de él y de ella. Fue muy hermoso conocerte. No comentes nada de esta conversación.

Un dolor agudo me atravesó la sien, las manos se me pusieron frías y como una autómatas me dirigí a la oficina de la dirección, esa era la última instrucción coherente que se me había dado y que recordaba.

-¿Ya habló con la doctora? – dijo la directora del albergue para luego sorber el contenido de su tasa color amarillo canario con la foto de su santidad.

-Sí – dije muy contrariada

-¿Se va a un curso? ¿Verdad? -dijo la directora clavándome la mirada como un alfiler, su rostro denotaba disgusto y cierta desconfianza que me hirió.

-Sí -dije cortante.

-Bueno, por el momento usted se hará cargo del servicio médico, si alguna de las muchachas se enferma seriamente me avisa para llevarla al hospital; de momento ya no se atenderán partos aquí.

-Está bien -bajé la cabeza, no quería ver sus ojos rasgados, semiverduzcos.

-Comprendo su contradicción, a mí también me ha caído como balde de agua fría la noticia, eso de dejarnos así de pronto me parece un acto infantil. Si sabía de su dichoso curso debió de habernos informado con tiempo. Pero tómelo con calma, hablaré con quien sea necesario para solucionar este contratiempo -su voz se tomó conciliadora.

Así de turbada como había entrado a la oficina, salí de ella. En la salida de espera tenía visita, un jovencito de 12 años me entregó la llave de la casa de la doctora. Después de darle una propina desapareció ágilmente.

Apretando con fuerza la llave, recorrí casi trece cuerdas sin sentir la llovizna que volvía pegajosa mi ropa. Sin embargo mi arribo fue demasiado tarde, la chapa había sido forzada y el desorden era una patente del saqueo. Estuve ahí por casi tres horas buscando los documentos que nombraban a Lucía. No los encontré. Me senté exhausta en su cama y luego me dejé caer en el acolchonado edredón de color vino, un olor a sándalo me inundó. Sí, así olía a Maricarmen, a Sándalo. Temí quedarme ahí para siempre en ese nido de esencias. Al pararme reparé en mi silueta reflejada en el enorme espejo. ¡Que pálida estaba! ¡Que delgada! Tanto tiempo sin reparar en mí, ¿qué pensamientos eran esos? Huí, sí literalmente huí de esa casa que me traía voces inquietantes a través de tanta destrucción, perfumes, vestidos, flores, cuadros, etc, distribuidos como su ser en distancias y alturas incuestionables... qué diferente a mi celda, a mi ritmo contenido.

Un portarretrato me regaló su última sonrisa, qué mujer tan especial, ¿algún día volvería a saber de ella?

XX

En Chiapas hay elíxires que bajan del extraño vibrar de hojas y aves hasta aquí.

Huye del nicho insano de la mente cuadrada, son de pobres ilusos que creen serán respirados con sabía pasión, sería mejor que regresaran a su inusual universo de estética fina que trastoca el alma, pues este en el que existo hay una crisis de anosmia y que no entiende de esencias ... mucho menos intuye de paz

-No podemos tener a Lucía un día más aquí hermana Azucena, -me dijo la directora mientras con sus huesudos dedos tamborileaba el escritorio.

-¿Por que? -pregunté extrañada a la directora que me miraba con reproche.

-Ya tenemos los resultados de los estudios de rutina y, es algo vergonzoso ella ... tiene SIDA -dijo la directora del albergue sacudiendo la cabeza como tratando de evitar infectarse con sus propias palabras.

-¿Qué? - exclamé incrédula.

-Sí, es terrible, una tragedia, el pecado ha entrado a esta casa ¡Y no sabemos cuantas de nosotras estamos contagiadas ya! La ropa, la comida, el agua, el baño; Todo lo hemos compartido con esa mujer! Desafortunadamente la doctora Maricarmen no está pero, hermana, tiene que investigar ahora mismo si en salubridad hay algún hospital para sidosos. Por lo pronto he ordenado que se la recluya lo más posible en su cuarto, allí se le llevará la comida y que no participe en los talleres.

-¿Ella lo sabe? -pregunté aún impregnada por la abrumadora reacción de la directora.

-No, aún no, pero si de hoy a mañana podemos lograr su traslado a otro lugar mejor; es urgente, ¿podrá investigar de un sitio, hermana? Esto es cosa de vida o muerte -sus manos inquietas trazaban signos incomprensibles.

-Pero... ¿cuál es el problema? -intenté dar un toque de serenidad al ambiente.

-Hermana Azucena, estoy hablando de SIDA, de muerte. ¿Acaso no me he explicado? Su rostro se tornó duro, por primera vez vi una furia que contradecía el hábito que portaba.

-Discúlpeme que la interrumpa madre pero, el SIDA tiene sus vías específicas de transmisión y...

-Hermana, busque un médico con autoridad en esto, no podemos perder tiempo en sus hipótesis, hemos compartido el baño con ella, los utensilios de cocina ¿se imagina?, -dijo horrorizada la directora del albergue mientras de la gaveta de su escritorio sacaba un juego de llaves, - llévese el carro y si es preciso tráigame un médico que nos pueda dar una orientación clara y precisa, que tengo que informárselo al obispo, antes que este albergue se hunda en la desgracia. Y por favor maneje con mucha discreción la información no quisiera aparecer en los periódicos, ya bastante lío tiene el señor obispo tratando de mediar con esos indios católicos que se matan por pertenecer a diferente partido político.

Salí desconcertada, en la puerta principal tres religiosas con gesto de angustia platicaban el caso de Lucía, evocando cada momento que habían estado con ella, en contacto con sus secreciones, su piel, su ropa, sus objetos personales... su sombra.

Recordé que en la Facultad de Medicina escasamente se me habló sobre el SIDA, pero que el tema me había interesado sobremanera, gracias a una dinámica mujer Argentina de ojos aguamarina y cabello color miel llamada Gisella Sejenovich que abanderaba un programa de educación y atención para los pacientes con VIH/SIDA, llamado "UNIVER-SIDA"; de pronto su imagen me pareció tan clara así como su elocuencia para desmembrar los mitos sobre esta enfermedad. Y sin embargo ahora, a tantos años de distancia me enfrentaba abruptamente con un problema de tabúes y no había tenido la capacidad de emitir una sola frase para aclararle a la directora que no había ningún problema en continuar con la convivencia. ¿Acaso yo también tenía mis dudas? Ciertamente en el programa UNIVER - SIDA estuve más bien involucrada en el área educativa y no tuve la oportunidad de trabajar directamente con los

seropositivos o los enfermos de SIDA. Me confrontaba con dureza, mi conciencia me reprochaba la cobardía y un halo de vergüenza me acaloraba las mejillas, qué inútil me veía ahora.

¿Qué estaba haciendo aquí?, en un bar lleno de hombres y mujeres exhalando humo. Fragancias, risas, aparente libertad. Había acudido a una clínica mas no estaba el médico, una enfermera me informó de un doctor que atendía enfermos con SIDA. Fui a su hospital pero me comunicaron que no le correspondía el turno. Una afanadora, que me había conocido cuando laboraba en la diócesis me susurró en dónde podía encontrar a un tal doctor de la Peña. Dudé al traspasar el umbral del bar, casi nadie se percató de mi llegada, sólo el capitán de meseros que no sabía si ofrecerme una mesa o persignarse.

-Estoy buscando a un médico -pregunté.

-Conozco algunos médicos que están por aquí. ¿Cómo se llama el que usted busca? -se escuchó cortés. -Trabaja en el hospital Santa Martha.

Por supuesto que lo conozco, es el de la esquina ¿lo ve?, - discretamente me señaló a una mesa-, está sentado solo junto a la pintura de Jhon Lennon ¿Lo ve?

-Sí, si gracias. -No traía para dar propina, así que únicamente le di una sonrisa y una palmadita en el hombro.

Durante mi vida religiosa había aprendido que para algunos ciudadanos éramos como una puerta al paraíso y nos trataban con un esmero tal que nos hacían sentir santos, Sin embargo, para otros resultábamos tan simples. Me preparé mentalmente para eso, la música del grupo hacía vibrar toda la duela de madera. Experimenté una rara turbación, era evidente que estaba sonrojada, sentía calor en mis mejillas.

Pocos pasos antes de llegar a la mesa del médico, él volteó como presintiéndome y adoptó una expresión de sorpresa. Vestía de mezclilla de color azul tenue, parecía más bien un ranchero que un médico.

-¿Podría hablar con usted doctor? -le dije, sin siquiera presentarme, era obvio quién era yo.

-¿Aquí? -levantó ambas cejas e instintivamente miró a su alrededor.

-Pues lo preferiría afuera, en este lugar hay mucho ruido -dije con prontitud

-¿Alguna consulta? -preguntó resignado. -Algo como eso pero... demasiado delicado

-No quisiera ser grosero pero hay médicos en este momento de guardia en el hospital y en mucho mejor estado que yo ¿usted comprende? ¿No?, -levantó u tarro de cerveza casi vacío.

Me senté bruscamente a su lado, tan cerca que pude sentir su aliento alcohólico y le susurre:

-Se trata de una mujer con SIDA y necesito su opinión porque la directora del albergue teme que se hayan infectado como veinte mujeres más y las autoridades de la iglesia tienen que tomar una decisión urgente ¿usted comprende?, -me separé inmediatamente-.

Se sacudió la camisa y pidió la cuenta. Sin decir una sola palabra salió del local y yo atrás de él con el suspenso desacelerando mí corazón ¿me ayudaría o sólo me estaba sacando del bar para recriminarme mi atrevimiento?

-¿Trae carro? -preguntó mientras se acomodaba el cuello de una elegante gabardina negra mirando por encima de mi cabeza con indiferencia, mientras me limitaba a asentir con la cabeza.

-Entonces la sigo, yo tengo el mío estacionado dos calles adelante. Tengo que hablar con la paciente para saber realmente que es lo que tiene, pues una sola prueba de laboratorio para VIH no es diagnóstica. Ya he tenido experiencias estúpidas con los teléfonos descompuestos, ¿sí me entiende?, hay tantos mitos y tabúes alrededor del VIH/SIDA, ¡sino lo sabré yo!, que escucho las historias más fantásticas casi a diario sobre cómo piensa la gente que se transmite el virus. -Su rostro se ablandó repentinamente regalándome la confianza de que había hecho lo correcto. Bendije el impulso con que Dios me había envalentonado.

Llegamos al albergue juntos. Ahí estaban todas las hermanas reunidas con sus caras de terror, entré con el doctor a la oficina de la directora y la puerta de cedro viejo se cerró lapidariamente.

-Buenas noches doctor, soy la directora de este albergue, disculpe la molestia pero la doctora que trabaja para nosotras no se encuentra y tenemos un grave problema, bueno uno más a los que de por sí nos sobran por aquí. -Dijo amablemente mi superiora.

-¡Ah la doctora Maricarmen, una excelente médica, estudiamos juntos un diplomado hace poco -sus palabras daban la impresión de ser irónicas y de pronto volteó a mirarme y me regaló una amplia sonrisa. -Me hablaba la hermana que tienen un caso de SIDA. Cuéntenme sobre eso -apuntó el doctor.

-Una de nuestras albergadas tiene SIDA y, desafortunadamente esta información ya se filtró. Sabe usted que hay mucha gente que por dinero pierde toda ética -levantaba ambas cejas acentuando su indignación, -sí es una pena que se haya colado misteriosamente a los círculos periodísticos, y están intentando chantajear a nuestras autoridades. Parece que una persona que trabajó aquí con nosotros hasta hace poco, está traicionando la confianza que se le brindó.

-Pero ... ¿cómo es posible que se haya enterado algún periodista?, -pregunté asombrada. -Como un relámpago me vino la imagen de Maricarmen.

-He recibido instrucciones para que la paciente sea llevada a donde mejor atención pueda recibir – ella ignoró completamente mi comentario, -¿ustedes tendrán algún centro para estos enfermos?, -preguntó la directora con un tono suplicante-, usted comprenderá que nuestra función aquí es otra y no estamos preparadas para...

-¡Bueno, bueno... disculpe que la interrumpa pero vamos a dejar bien claros, algunos puntos, -que supongo con la formación altruista que ustedes poseen no les será tan difícil de entender, primero tengo que hablar con la paciente y verificar con qué estudios cuenta y segundo las personas con el Virus de la Inmunodeficiencia Humana o VIH pueden continuar en su ambiente familiar, en su hogar como lo es este albergue. El

VIH se transmite exclusivamente a través de relaciones sexuales en las que haya penetración, por transfusión de sangre contaminada con el virus o por compartir agujas, y bueno, en el caso de la mujer embarazada infectada con el VIH le puede transmitir el virus al bebé ya sea durante el embarazo, parto o al darle pecho. Tenemos un programa que se denomina "FONSIDA" y que da tratamiento gratis a toda mujer embarazada y menor de 18 años, el tratamiento a la mujer embarazada puede llegar a disminuir hasta en un 97% la transmisión del niño. O sea que sólo existiría un 3% de probabilidades de que el niño naciera infectado. Por otra parte es muy diferente ser seropositivo o portador del VIH a tener SIDA, los seropositivos son individuos que " aparentemente" están sanos, no les duele nada pero sin embargo, si están infectados, aunque se sientan bien pueden llevar el virus en la sangre y en el semen o líquido vaginal. Y las personas con SIDA o con el Síndrome de la Inmunodeficiencia Adquirida son aquellos infectados que presentan un mayor deterioro de su sistema de defensa, tanto así que enfermedades diversas se hacen presentes, hongos en diferentes partes del cuerpo, cánceres, infecciones por parásitos, bacterias u otros virus que pueden alojarse en cualquier parte del organismo, hay mucho que hacer con estos pacientes, desde el apoyo psicológico hasta la atención con medicamentos para atacar al propio virus así como a las enfermedades anexas que por las causas que les refería; ¿podría ver a la paciente?

-Claro, Hermana Azucena lleve al médico con la muchacha y entréguele el expediente médico en donde están los estudios, luego hablo con usted y nuevamente gracias.

Delgado y como un cardo inclinado, el cabello lacio cayendo en desorden sobre una pequeña frente, ojos grandes color negro y bordeados por inmensas pestañas, nariz recta y desafiante, inquisitiva algo prominente pero estética, labios proporcionados habituados a un esbozo de sonrisa que le daba el poder del conocimiento, la facultad de tener las respuestas y en su voz había un toque de efusividad que tendía a palidecer ligeramente cuando le faltaba el aliento, ese era el Doctor de la Peña, el que con una

sensibilidad de madre se había ganado la confianza, las palabras más enterradas de Lucía.

Dos horas de charla y el descubrirse como un amigo íntimo de Maricarmen lograron arrancar a Lucía una confesión que me hizo temblar por sus sádicos matices, una historia de maldad e injusticia que fue articulada por el padre Botija.

Habló de la prostitución, la militarización desmedida, los convenios oscuros con diversos bandos políticos y religiosos que desembocaban en matanzas negociadas según intereses en boga, y luego al final cuando vomitó todo su dolor, rabia y decepción habló de él, de Santiago, y como una niña pequeña permaneció en un rincón, enmudecida por el amor que Lucía profesaba por el hombre que a veces usaba pasamontañas y que al parecer aún continuaba teniendo contacto de muy ingeniosas maneras. El doctor le acarició el cabello con un tacto femenino, la tranquilizó, sí en verdad tenía que ser amigo de Maricarmen, tenía su ángel.

XXI

Estoy aquí, con mi lenguaje de dioses y profundas promesas, ¿porqué he de ser exiliada si es solo un pequeño mal el que me posee en contra de mi voluntad? ...No encuentro un eco, ni uno solo en este llamado, soy tan pobre que hasta la esperanza he perdido.

Estoy aquí yo misma... ¿Hay alguien ahí?

Soñé al doctor, de blanco como un ángel, pero cierto y hermoso con la vivacidad que sólo tienen los humanos. Filosofamos entrelazados a la orilla de una fuente, mientras Lucía se dejaba bañar por él, por un hombre al que llamaba Santiago de vez en vez, Lucía sonreía.

-¿A qué sabe el lamento añejado en el cáliz de la vergüenza? - pregunté mirando extasiada la desnudez de Lucía. Vi unas manos en el cielo, que se crisparon amenazantes contra mí, el doctor me protegió con su cuerpo y Lucía se escondió tras su Santiago.

Lucía sollozó y Santiago se convirtió por no sé que arte y lógica en el ave amarilla con la capucha negra justo cuando una voz le menciono la posibilidad de una enfermedad mortal a Lucía...

Alguien hablaba de un mal desconocido, sin traducción para sus ritos y creencias, reducido a una palabra: SIDA.

Inmediatamente el ave lanzó un canto y voló trazando un signo protector sobre el vientre de Lucía que continuaba en la fuente, se deslizó y danzó con su emplumado cuerpo sobre el abdomen de su amada inflamado de vida-, el médico y yo permanecíamos estáticos, solemnes como teniendo mancillar ese momento místico

Podíamos ver un flujo que emanaba del indígena – ave, poder que penetraba a Lucía concertando un diálogo secreto y de supervivencia a través de su azuloso cordón umbilical... bendito rito de aleteos.

Luego, Santiago volvió a su forma humana y tomó la mano del médico indicándole que se acercara y hablara con Lucía quien salió de la fuente vestida con un exquisito diseño de humedad. El doctor con una paciencia misionera le explicó con un sinnúmero de ejemplos y digeribles metáforas todo ese embrollo del sistema de defensa y la posibilidad de la existencia de un virus que tenía que ser rastreado a través de unas pruebas de sangre, si ella así lo deseaba... por fin un médico con la voz e intuición de paciente.

El amanecer cayó sorpresivamente y tal era mi confort de saber que en realidad, aún en el peor de los casos de que ella resultara positiva había tanto que hacer y qué no había, por qué alterar el ritmo de la vida circundante como presuponían las demás hermanas.

Me dieron las ocho de la mañana con una flacidez de cuerpo total de tal manera que mis miembros se amalgamaban perfectamente en los pliegues de las sábanas y almohadas.

-¡Hermana Azucena!, ¡buenos días, tengo que hablar con usted por favor! -dijo apresuradamente la directora al otro lado de la Puerta de mi celda,

-Si, un momento -dije mientras me levantaba perezosamente arrastrando tras de mí la antes mullida sobrecama. Al pisarla fría madera con los pies desnudos terminé de despabilarme. Abrí la puerta y la directora entró rápidamente junto con un aire helado, en su rostro había un alarmante gesto. que acentuaba ciertos rasgos de dureza o quizás marcialidad.

-Tengo al médico en la oficina, está muy contrariado y necesito que me ayude a controlarlo, el obispo ya no quiere más ataques por la prensa y lo están amenazando con empañar la memoria de su sobrino -dijo mirándome sin parpadear. -No entendía si era una orden, una súplica o un comentario.

-Pero ¿por qué? ¿por qué está contrariado? él sólo viene por una muestra de sangre de Lucía para hacerle la prueba confirmatoria del VIH. No se preocupe Madre yo acompaño al doctor para que le tome la muestra a Lucía ella estuvo conforme con eso, seguramente se trata de algún malentendido -dije tomando mi uniforme para cambiarme.

-Lucía ya no está en el Albergue, --dijo como susurrando un secreto seguida de una pausa en que me miró autoritariamente-. Está bajo la responsabilidad directa del obispado y es eso lo que quiero que le haga entender al doctor. Agradézcale su gentileza y despídalo con prontitud.

-¿Que ya no está Lucía en el albergue?, ¿por qué?

-Anoche, después de que se fue el doctor vino el señor obispo y habló con Lucía. Parece que hay cierta información que por su estado de salud no está manejando con la veracidad correspondiente, su pobre cerebro esta revuelto y las incoherencias que dice afectan severamente la imagen de nuestra santa iglesia católica, la pobre estuvo tanto tiempo fuera de su comunidad que seguramente fue afectada psicológicamente.

-¿La imagen de la Iglesia Católica? ¿Acaso se refiere a lo que ella nos comentó al doctor y a mí de...

- Está aturdida por saberse con SIDA. Él quiere hablar con usted y dígame que lo mantendrá informado de la salud de Lucía

-Pero ¿y la prueba de laboratorio? Aún no sabemos si en realidad ella tiene el virus.

-Mire Hermana en cuanto se vaya el médico yo misma la llevaré con el obispo, él está dispuesto a pagar los estudios que sean necesarios y contará con servicio médico particular de primera para ella y su bebé, lo importante ahora es disuadir al médico sobre esa información absurda que involucra al padre Botija, la espero en mi oficina dése prisa por favor -dijo saliendo con la misma premura con la que había entrado.

Me quedé sentada en el borde de la cama, en mi paladar la amargura.

Antes de abrir la puerta de la oficina de la dirección escuché la evidente alteración del doctor que cuestionaba lo que yo había semirreprimido en mi mente de sierva desposada con Dios; él imputaba el motivo de la abrupta ocultación de la joven y con voz de adivino sacaba a flote las verdaderas razones, esas confesiones recalcitrantes de Lucía de ese subterráneo engranaje de intereses políticos en donde piezas de la iglesia juegan un extraño papel propiciando el flujo a quemarropa de sangre indígena.

-Buenos. días doctor -dije extendiéndole la mano

-Hermana ¿dónde está Lucía? ¿Para qué me fue a buscar anoche si no querían que ella fuera atendida?, -dijo culpabilizadamente sin responderme al saludo, tenía los labios reseco y un brillo de indignación en sus ojos.

-Yo los dejo solos un momento... Hermana Azucena explíquele al doctor que no somos una secta satánica como está dándome a entender desde hace media hora, confió en que lo haga .entrar en razón -dijo mientras ágilmente atravesaba la estancia dejándome con la dura mirada de ese hombre de ciencia y aguda inteligencia.

-También yo me acabo de enterar en la mañana que se llevaron a Lucía -su rostro no se inmuto, únicamente movió la cabeza reprobatoriamente ,-tiene que creerme doctor y estoy más interesada que usted en saber cómo se encuentra ella y platicar con el obispo para conocer las garantías de la atención médica...

Quisiera creerle Hermana, esto apesta sinceramente, apesta a atropello, a violación de derechos, a inquisición

-Jamás aceptaría una cosa así y si lo descubriera en mi iglesia, por la que he hecho un renunciamiento nada fácil yo sería la primera en denunciarlo, porque no está en mis principios los dobles reveses. -Me erguí.

-Solo quiero saber que la joven está bien y que se le van a realizar los estudios pertinentes que platicamos anoche para saber si debe ingresar al FONSIDA o no, quiero confiar en usted. -Claro que puede confiar en mí, ya sé donde localizarlo y me comprometo en atención a su buena voluntad de servicio y por la paciencia que le prestó a Lucía anoche, a informarle a la brevedad posible en qué albergue se encuentra y cómo se llama el médico particular que el obispo contrata para atenderla.

-Pero recuerde que, lo primero que hay que definir si es seropositiva en realidad, insista en que a la brevedad posible le realicen esos exámenes de sangre y bueno... De los motivos que tuvo el obispo para llevársela como si fuera un secuestro a altas horas de la noche, ya me contará, aunque tengo mis teorías políticas que ya le expresé francamente a su

directora, la política es manteca de otra cocina, me importa la salud de Lucía.

-A mí también doctor, confié en que le informare oportunamente sobre su estado e incluso hablaré de usted con el obispo para que la visite, usted supo cómo ganarse su confianza, a nadie antes le había contado esas historias tan espantosas como las que nos narró ayer.

-Bueno me voy, me despide de su directora aunque la verdad no creo que quiera saber nada de mí en mucho tiempo.

Lo conduje por el húmedo corredor, una fría llovizna con viento me ayudó a despedir a aquel hombre que no sé porqué química había mitigado su furia y confiado en mi palabra. Y claro que se la cumpliría, iría a ver inmediatamente al obispo y se arreglarían los malos entendidos.

Una religiosa de gruesas gafas ocupaba mi lugar, mi escritorio y archiveros tenían otra orientación, habla dos computadoras más y el fax funcionaba con más rapidez, la oficina del obispo tenía un movimiento inusual tenía ya dos horas haciendo antesala, el único que me consentía era Guillermino ya que me ofrecía refrescos y galletas en abundancia, pese a su gran defecto de ser excesivamente comunicativo era eso sí muy agradecido y no olvidaba los favores, las despensas y medicinas que había conseguido para ciertos familiares y seres queridos en muchas ocasiones.

-Hermana Azucena qué pena pero el obispo está que no puede más con la carga de trabajo, usted ya sabe, como éste, hay días así -dijo Guillermino apenadísimo como si de él dependiera que fuera yo atendida.

-Si Guillermino, no te aflijas, efectivamente yo sé como es esto... mira únicamente quisiera saber en qué albergue o en qué sitio se encuentra una muchacha que el obispo fue a entrevistar anoche al albergue femenino ¿tú lo llevaste?, ¿no?

-Sí fuimos por una muchacha embarazada y la trajimos aquí -dijo con cierta desconfianza moviendo los ojos nerviosamente.

-¿Se encuentra ella aquí? -lo presioné.

-Mire hermana no sé... si todavía esté en el obispado porque yo nada más los pasé a dejar como a eso de las tres de la mañana pero yo se lo investigo... -dijo titubeantemente.

En eso un grupo nutrido congestionó la pequeña oficina, el obispo vestía de rojo y blanco y me acerque presurosa

-Señor obispo buenos días ¿podría robarle un minuto de su tiempo?

-¡Hermanita Azucena qué gusto de verla!, si viera cómo echamos de menos sus eficientes servicios ¿en qué puedo ayudarla? -dijo sonriendo mientras lanzaba una mirada a quien ocupaba mi lugar

-Sólo quisiera saber en dónde se encuentra la joven embarazada que usted sacó del albergue anoche, para lo de su seguimiento médico, los exámenes confirmatorios ¿usted comprende? -dije bajando la voz en el entendido que era un secreto entre el obispado y quienes éramos responsables del albergue.

-Hermanita está usted confundida -se tomó la barbilla acariciándola con lentitud, yo no saqué a nadie del albergue. No es mi papel de obispo, ¿para qué habría de hacerlo? Creo que le dieron una información equivocada, hable con la directora y estoy seguro le aclarará la confusión, me dio un enorme gusto saludarla y la felicito por la entrega que está demostrando en el albergue. Aunque creo que está tomando demasiado a pecho el trabajo, la veo un poco pálida, haré recomendaciones para que vigilen su alimentación no quiero que se nos vaya a enfermar. -Dicho esto se alejó con su séquito dejándome paralizada.

Volví a mis actividades, temporalmente callé. Nadie volvió a hablar de Lucía lo cual me hería.

Una semana después de mi encuentro con el obispo alguien me dejó un sobre en mi celda. Lo abrí extrañada no tenía ni sellos, ni datos del remitente.

Unas hojas de papel reciclado como las que elaboran en el taller de los leñateros contenían un pensamiento

Caminé por mucho tiempo

Buscando la belleza

Buscando aquella tierra

De suma libertad

Hasta que al fin

Un día sin fecha

Cansada llegué a Chiapas

Y me extasié en su templo

Me enraicé en sus odas

Voces de indios

Voces mías

Pero...

Un día sin fecha

Encontré aquel ser extraño

Mezcla de ave y gemido de hombre

Que corrió el velo místico

Y me dijo una verdad de muerte

Sofocando mis placeres

De agua, selva y árbol.

Hay un ave disecada

Que yace en una tumba

Sin siquiera poder llorar aquel recuerdo

De su selva tan amada.

Oigo tañer tristes campanas

Que anuncian el descenso de un fúnebre cortejo

Son el del extraño ser

Que al írsele su tiempo

De mis manos

De mi alma

De mi boca exhausta

Le llegará la muerte..

Conservemos

Tan siquiera,

Si es que nos devora

La brutal cobardía, insípida y fría,
El recuerdo de una selva
Triste depredada
El recuerdo de un pueblo
Saqueado en la inconciencia
De rezos y discursos... sí,
Conservemos el recuerdo de la selva
Que sólo puede reverdecer
En sinceros corazones
Y en la vida de un ser
Mezcla de suspiro de hombre y gemido de ave

Este pensamiento no tenía punto final ¿se suponía que yo tenía que concluirlo? ¿Quién me había mandado estas selváticas palabras? En el fondo de mi ser desee que fuera un mensaje del Padre Fernando, ¿a qué me estaba invitando con estas palabras de tinte ecológico?

XXII

Tener un anhelo es maravilloso, da la sensación de atrapar el corazón entero de un enigmático poema, aferrarse a él nos deja un sentido de paz invaluable pero, cuando la nube se rompe... el averno no respeta límites y la conciencia se nos necrosa como ceniza de pétalos... entonces la búsqueda empieza de nuevo y crecemos en ella con todos los duelos a cuestas.

Cambié, di un giro a mí y voz y mis pisadas comenzaron a aplastar...

Me enfrenté a ella, mi superiora, la mujer que había constituido un modelo especial. Le quité la máscara o el velo de respetabilidad y sentí nuevamente en el ambiente la más detestable traición pues intentó convencerme con el mismo tono con que rezaba el rosario o auxiliaba en la homilía del domingo, de que dejara las cosas como estaban, que había decisiones que yo no podía comprender pero que todo estaba en orden. Me recordó mis votos de humildad y obediencia y se mostró compungida "por mi mal camino", "porque el demonio me estaba llenando de soberbia el corazón".

Me negué a que la mentira fuera parte de un proceso santificado por Dios, a que esa extraña opacidad de versiones fuera mi estandarte perpetuo. No hablé más con ella a partir de ese día.

Y acudí por semanas al obispado. Hice antesala hasta sentir que la columna me ardía por la larguísima e infructuosa, espera y siempre Guillermino volvía con sus bebidas y galletas con un sonrojo de quien sabe algo indecible, no digno.

Dejé mi horario de atención en el albergue con tal de encontrarme con el obispo y le repetía la misma pregunta y su risita conciliadora poco a poco se fue tomando en un rictus de fastidio, nadie parecía saber nada de Lucia yo la había traído a la ciudad, arrancado de su comunidad para que se esfumara ¿qué le iba a decir a su familia? ¿Qué le estaba diciendo a

Dios? ¿Qué me estaban diciendo todos con sus múltiples e incompletos mensajes?

Una tarde, después de una tediosa antesala - e infructuosa- me encontré al doctor de la Peña sentado sobre la cajuela de su carro.

-Sé lo que esta haciendo hermana Azucena ¿podernos platicar un momento?--dijo abriéndome la portezuela

-Sí doctor, creo que le debo una entrevista... no pude cumplir mi palabra, con usted, no sé dónde esta Lucía -dije mientras subía al auto mecánicamente

-Quizás halla cosas que no podamos arreglar, como por ejemplo hallar a esa chica... me preocupa usted, su desgaste emocional -dijo mientras arrancaba el auto.

-Tengo que encontrarla, está en algún sitio...

-Guillermino es mi paciente, también su esposa... bueno mejor dicho sus esposas. Bueno, el punto es que me ha contado de usted, de su insistencia con el obispo y de la negativa que está recibiendo de todas partes. Déjelo por la paz hermana. Ya está llamando mucho la atención,

Nos dirigíamos a la carretera, los enormes árboles parecían avanzar como una valla protectora.

-No puedo creer que usted me pida eso – dije indignada

-Es por su seguridad personal que se lo digo.

-¿Qué quiere decir?- me sentí molesta

-Lo que usted supone pero no se atreve a decir, lo que sabe entre dientes, sin pruebas porque los que pueden aportarlas son desaparecidos como la pobre de Lucia ... existen enfermedades de verdad corrosivas y malditas, el SIDA no es una de ellas pero sí la decadencia de un sistema que por el poder juega con la vida y la muerte de los seres más inocentes. El SIDA fue un pretexto, pero hay más fango que el que puede imaginarse en este asunto. Esto es sólo la punta del iceberg

El auto se detuvo en un mirador, bajé precipitadamente, de pronto unas náuseas se habían apropiado de mi organismo y vomité jugo gástrico y lágrimas de sal.

---Guillermino me ha suplicado que hablara con usted, él sabe mucho más de la verdad y es mejor que vuelva a sus labores religiosas... A

dar alivio y consuelo a través de los rezos. Esa es su misión hermana ¿Acaso no profesó para ello? ¿Acaso no hizo votos de obediencia? No se complique la existencia, le aseguro que hay gente que hará la otra parte, la de la acción, la de la justicia, la de cobrar las cuentas.

-¿Cómo? Estoy harta de esta podredumbre ¿Cómo podría regresar a un lugar que me recuerda a Lucía? Todos los días entro a su habitación y creo escuchar sus palabras cargadas del anhelo de una maternidad y vuelvo a preguntar, regreso al obispado con mis dudas hasta que la garganta se me reseca y los pies se me hinchan de tanto esperar... ¿Usted sabe la verdad?

-Si la sé, pero antes de contársela respóndame a una pregunta.

-La que sea – estaba decidida

-¿Qué va a hacer con su vida?

-Esa decisión ya está tomada, no seguiré con la vida religiosa. Quiero estar del lado de los necesitados no del bando de quienes ultrajan con su complicidad los principios de hermandad elementales, ya no digamos los mandamientos. Yo quiero ser parte de otra historia... no sé como siendo amigo de la Dra. Maricarmen puede pedirme que agache la cabeza y me limite a rezar ¡Por Dios! No soy de piedra.

Rompí a llorar desconsolada y descargué odio y decepción como una niña impotente.

-Lo sabía y ellos también tenían razón. Estaba convencido que no miraría hacia atrás como tantas otras personas que al igual que usted han estado al filo de una verdad dolorosa

-¿Ellos? ¿De quiénes habla?- lo encaré

-Es usted una mujer singular, Maricarmen y el padre Fernando lo saben, ahora comprendo por que teme la iglesia que vaya usted a encontrarse un día de estos con la prensa.

-¿Dónde esta Lucía? -volví a preguntar mientras me apretaba la boca del estomago, tratando de contener el malestar que un terrible presentimiento me producía.

-Tenemos tiempo para hablar de eso, -dijo mientras me tomaba la mano férreamente.

Nuevamente vomité, ácido me fluía por la nariz y boca, incluso sentí que emergía por mis oídos y ojos. Ya sabía por dónde iban todas las cosas, los rostros buenos no lo eran tanto y finalmente todo se resolvía en una teatralidad estudiada en donde yo era la única estúpida.

Un claxon insistente ensordeció el ambiente, era el de una camioneta negra y de vidrios polarizados. Sin decir más él me tomó del brazo y me hizo correr a su lado rumbo al vehículo pese a mi debilidad.

-Has tomado la decisión correcta- me dijo conciliadoramente

-¿Que sucede? -pregunté mientras me limpiaba la boca.

-Ellos han dado órdenes para desaparecerte - denunció

-¿Me vas a matar? -pregunté aterrorizada ante sus palabras que no lograba entender. Su rostro era duro y hasta cruel.

-Calma -dijo mientras me sentaba tomándome con firmeza de los hombros mientras lo miraba desconcertada sentada en el asiento trasero.

-Aquí desaparece la hermana Azucena y nace Azucena la mujer que quiere estar del otro lado -diciendo esto cerró la puerta corrediza y me quedé en una absoluta oscuridad con el movimiento, con la velocidad, con la certeza de que mis fuerzas físicas y espirituales estaban agotadas y que me rendía por completo.

Maricarmen y el padre Fernando están terminando el libro de las denuncias en contra del padre Botija y sus nexos con los paramilitares.

Yo estoy con ellos ...en esta comunidad he hecho este recuento escrito de vida que desafortunadamente no pudo salvar la de Lucía. No sabemos qué fue de ella, pero el coraje de la búsqueda vive en mí, en esta vida nueva que me llena, desde un frente verdadero y en donde he hallado un verdadero ministerio a pesar de mí fe erosionada.

MI NOMBRE

... creo que se los dije hace poco, hace unas cuantas páginas. Lucía Santis, eso de la "fe erosionada" fue idea de la hermana Azucena, la pobre ha pasado tantas cosas; bueno está alegre la plática pero ya me voy, sí, a donde les dije: cerca de aquí y lejos de San Felipe. Gracias por haber estado, ahora tengo que confesarles que me llevó el temblor de sus conciencias, la tuya y la de ellos, y eso me basta para poder empezar a creer.

LA AUTORA

Margarita Aguilar Ruiz, originaria de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas ha desarrollado desde sus años de estudiante de medicina (Programa UNIVER - SIDA, de prevención y control del SIDA en la UNIVERSIDAD AUTONOMA DE CHIAPAS, UNACH 1994) una pasión por la lucha en pro de la prevención y atención integral de ese gran problema social y sanitario que es el VIH/SIDA. Y uno de los aspectos que más le han tocado la conciencia es la vulnerabilidad de las mujeres ante esta epidemia, por el pobre ejercicio que ellas tienen de sus derechos sexuales y reproductivos. Presidenta, cofundadora y responsable del área de proyectos ligados a la mujer de la asociación civil "Casa Abierta para la Lucha contra el SIDA, Chiapas". Está trabajando desde el 2000 un proyecto de fortalecimiento y estudio de grupos focales con mujeres que viven con VIH/SIDA de Chiapas y Tabasco. Vicepresidenta de la Asociación Civil "Abracemos a Tonalá" y médica voluntaria de CIFAM- MEXFAM en Chiapas, cree firmemente en que la fortaleza de la lucha en contra del SIDA esta en la Sociedad Civil.

Ha colaborado como periodista en diversos diarios y semanarios de la entidad desde 1990. (Periódico Es!, Semanario Páginas y La República en Chiapas), Fundadora y directora de la revista de la Facultad de Medicina

Humana " Cunctis Oritur Lux" (1993-1995). Actriz y de Teatro. Fundó el Programa de Teatro Educativo para el Fomento de la Salud que figuró dentro de la Respuesta Mexicana al SIDA, en el libro Mejores Prácticas editado por CONASIDA por el llamado a la prevención del SIDA y la no discriminación de quienes viven con esta enfermedad.

Diplomada en Epidemiología (Dirección General de Epidemiología, 1999) y en VIH/SIDA (Instituto Nacional de Salud Pública, 2000) ha trabajado en el Instituto de Salud del Estado de Chiapas (ISECH), desde 1988 en la Subdirección de Salud Pública como Coordinadora Estatal del Programa de Micobacteriosis (Tuberculosis y Lepra 1988) y en la Coordinadora Estatal para la prevención y el control del VIH/SIDA y otras infecciones de transmisión sexual (1988-2001). Ha colaborado en proyectos del ISECH (Instituto de Salud del Estado de Chiapas) – ECOSUR (El Colegio de la Frontera Sur) en la línea de salud y población y actualmente realiza un protocolo trabajando desde categorías de género para fortalecer la prevención y la calidad de vida en las mujeres que viven con VIH/SIDA en Chiapas.

Ha escrito varias novelas que de igual manera persiguen hacer un llamado sobre problemas de salud y sociales que mas afectan a las mujeres: *Gemidos al viento, Con la fe erosionada, Acordes de Espinas ,la Casa de los cipreses, Se han ido, Volutas de Sal, Ilimitablemente Mujer entre otras.*

Con la fe erosionada es la primera de sus obras que publica y en la que ha puesto toda su fe y pasión.

Para contactar a la doctora Margarita Aguilar, su correo es
Maggy72@hotmail.com

SIPNOSIS

CON LA FE EROSIONADA

Azucena, una joven religiosa, llega a San Cristóbal con grandes expectativas para crecer en su fe, originaria de San Juan de los Lagos, la única referencia clara que tiene de Chiapas es su admiración por el exobispo de la diócesis de San Cristóbal., de pronto se ve envuelta en una serie de acontecimientos que la conmociona intensamente. Uno de ellos dramáticamente crucial en ese encuentro de destinos con el de Lucía Santis, una indígena tzotzil, que con su historia logra evidenciar lo más candentes paradigmas ligados a la sexualidad, el VIH/SIDA, la migración y la prostitución en el Estado de Chiapas. “Con la Fe Erosionada” es una novela nacida de la conciencia social que busca resonar en el corazón y cimbrar la fe de sus lectores.